

● punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

#257



MAYO-JUNIO 2026 • ISSN: 0188-381X

Fuera de lugar



punto de partida

LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

257



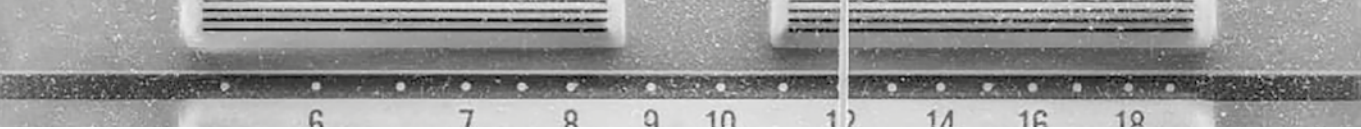
6

EDITORIAL



DOSSIER

- 8 *Cuando anunciaron el Mundial de 2026 y todavía tenía un padre*
Alan Santos
- 12 *El balón y la furia*
Alejandro Durán Moctezuma
- 22 *Sedes invisibles*
Luisa M. Zárate
- 28 *Apurate, Perú*
Jorge Malpartida Tabuchi
- 34 *¿A quién beneficia el fútbol?*
Marianna Cabrera Vizcarra
- 40 *Radio Soccer*
Diego Salomón Hernández García
- 42 *La belleza del vencido*
Joaquín de la Torre
- 52 *Bolá, bolá*
Dora Luz Herrera Jiménez
- 58 *La pelota es el protexto*
Luis Fernando Rangel



DEL ARCHIVO



76

TESAURO

VAR

Fernando Oliveroz

RESEÑAS

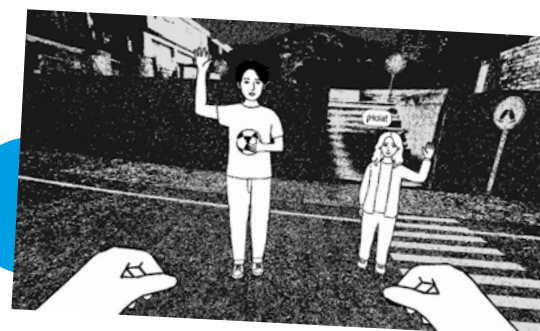
79 *El "puto" mexicano*
Luisa Ivette Ortiz Ramos



82 *Despelote. Nuestra relación con la historia y el fútbol*
Axel Alonso

68

Dios es redondo y trae Mundial: entrevista con Juan Villoro
Arturo Molina



86 COLABORADORES



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Leonardo Lomelí Vanegas

Rector

Rosa Beltrán

Coordinadora de Difusión Cultural

Julia Santibáñez

**Directora de Literatura y Fomento
a la Lectura**

PUNTO DE PARTIDA

Dirección: Carmina Estrada

Edición: Aranzazú Blázquez Menes

Diseño y dirección de arte: Anilú Zavala

Impresión en offset: Litográfica Ingramex, S.A. de C.V. Centeno 162-1,
Col. Granjas Esmeralda, Ciudad de México, 09810.

Punto de partida, Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura, Zona Administrativa
Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, Ciudad de México, 04510.

puntodepartida.unam.mx

puntoenlinea.unam.mx

Tel.: 56 22 62 01

Dirigir correspondencia y colaboraciones a

puntodepartidaunam@gmail.com

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución. *Punto de partida* es una publicación bimestral fundada en 1966, editada por la Dirección de Literatura y Fomento a la Lectura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510. ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-032014425200-102. Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos, forros en cartulina sulfatada de 12 puntos.

Fuera de lugar



Conforme pasan los días, la cuenta regresiva para el inicio del Mundial de Fútbol 2026 se acerca a su fin. No cabe duda de que se trata de un evento tan grande como agrí dulce y contradictorio. Este número, particularmente ensayístico, es reflejo de ello: da cuenta de la dificultad para conciliar la pasión por el deporte y la conciencia sobre las violencias derivadas del campeonato; ante ello, los colaboradores que llevan el fútbol en la piel observan ambas caras, críticos de lo que conlleva. Y los que no son aficionados recalcan cómo algo que les sería indiferente, les está cambiando la vida... pero no para bien. Aunque algunos temas se repiten, también se complementan entre sí y construyen una perspectiva más completa de este fenómeno.

De ahí el nombre de esta edición: **fuera de lugar** porque la dinámica global y capitalista que articula esta competición parece alejar al fútbol del centro de la cancha y empaña la genuina emoción que despierta. Porque una fiesta así de grande se siente descolocada cuando el principal anfitrión es también quien orquesta uno de los escenarios bélicos más devastadores de las últimas décadas, y con México, otra de las sedes, su relación tampoco ha sido cordial. Y porque quizá también se puede hacer el ejercicio de suspender, por noventa minutos, ese lugar conflictivo al que han conducido la pelota para disfrutar del juego.


Por eso, ante todo, comenzamos con lo que despierta el deporte en sí: la ilusión de vivirlo con quien se ama y se comparte la camiseta, como la nostálgica crónica de Alan Santos. O el ensayo de Joaquín de la Torre que pone en la balanza de la felicidad la victoria y los motivos más profundos para seguir persiguiendo el balón. Contrasta el cuento de Jorge Malpartida Tabuchi —de Arequipa—, cuyo personaje encarna la rivalidad entre Perú y Argentina;

y el de Dora Luz Herrera Jiménez, sobre el sueño futbolístico de un sicario en un escenario de terror.

Alejandro Durán Moctezuma ensaya un mano a mano entre la devoción y la racionalidad y entre fenómenos como la “democracia corinthiana” y “el espectáculo de los grandes capitales”. Su ensayo, que toca las corruptelas de la FIFA, dialoga con el de Marianna Cabrera Vizcarra, quien cuestiona los límites del negocio deportivo a propósito de la autoexplotación de los jugadores, los formatos de las competiciones y el hartazgo de los aficionados. Esto último, por supuesto, vuelca la mirada hacia la gentrificación y la desarticulación de lo comunitario, al abuso de inversionistas y autoridades, y al apresurado *lifting* al que someten a las ciudades anfitrionas; sobre ello habla Luisa M. Zárate en “Sedes invisibles”.

Escribe Diego Salomón Hernández García en “Radio Soccer”: “Pero nada es más importante que el partido, / en noventa minutos el tiempo se filtra entre los horizontes de las piernas. [...] La transmisión acaba / y una industria abominable se apodera de este baile sospechoso”; y el ensayo de Luis Fernando Rangel, que cierra el *dossier*, es un recuento de algunos hitos —el gol del siglo, la mano de dios, #noerapenal y otros— que bien podrían desfilar entre estos versos y nos recuerdan que, a final de cuentas, “La pelota es el pretexto”.

En **Del archivo**, Arturo Molina entrevistó a Juan Villoro, un fichaje estelar para este número no sólo porque ambos comparten la pasión por el fútbol, sino porque, además, Villoro forma parte de los autores que comenzaron su camino literario en el piso 10 de Rectoría, sede de los talleres organizados por *Punto de partida* en los setenta. Para **Tesaurus**, publicamos una minificción de Fernando Oliveroz. Y en la sección de **reseñas** Luisa Ivette Ortiz Ramos habla sobre la pieza *Gol (puto)* del artista mexicano Romeo Gómez López, presentada en la pasada Semana del Arte; y Axel Alonso reseña *Despelote*, un videojuego creado por Julián Cordero y Sebastián Valbuena que explora la construcción de la identidad infantil en un escenario donde Ecuador enfrenta la posibilidad de calificar para el Mundial del 2002. La gráfica de este número, muy elocuente en cuanto a emociones y críticas, son *collages* de Luis Brock y Beto Ortiz, pinturas de Mariana Hernández y fotografías de Karla Vázquez.

Nos guste el fútbol o no, que México sea una de las sedes lo convierte en un tema que no se puede ignorar. Este número es una muestra de cómo lo vive una generación, esperamos que su lectura continúe el diálogo. 

Aranzazú Blázquez Menes

Cuando anunciaron el Mundial de 2026 yo todavía tenía un padre

Alan Santos

El 13 de junio de 2018 yo tenía un padre, mis vértebras completas y la ilusión de ver un mundial en México a su lado. Ese día anunciaron, en una ceremonia repleta de parafernalia, que México, Estados Unidos y Canadá serían sede de la Copa Mundial de Fútbol de 2026. Cuando mi padre y yo lo vimos en la tele nos emocionamos. Él recordaba con nostalgia sus experiencias en el mundial de 1986. Vi a Maradona, me dijo, pero Pelé siempre fue el mejor. Cómo no creerle.

Luego llegó la pandemia, el mundo empezó a desmoronarse y él enfermó. Cinco días fueron suficientes para que el temido virus se lo llevara y que yo volviera a la que fue nuestra casa con sus restos en una urna. Ya no hubo más fútbol. Perdí el interés por los mundiales.

Sin embargo, recordaba, aún con cierta felicidad, la emoción que supuso para ambos contemplar juntos una serie de grandes partidos en el Mundial de Rusia; como aquel de fase de grupos en el que Cristiano Ronaldo, con la selección de Portugal, le metió tres goles a España en un partido cardíaco que finalizó con un empate 3-3. El Bicho, con la magia de sus botines, había metido un golazo de tiro libre que pasó por encima de la barrera y había dejado a David de Gea inmóvil, contemplando el trayecto imposible del balón dentro de su portería. Brinqué emocionado cuando entró el gol y abracé a mi padre como si hubiera sido un gol de México. O como el gol que le metió el Chucky Lozano a Alemania en ese mismo Mundial. Mi padre, un poco más reservado, me palmeó la espalda y me dijo que había sido un buen gol de Cristiano. Después me aparté de su lado con lentitud para mirar el final del partido.

Ese pequeño ritual, mi padre viendo la tele con los brazos cruzados, el vaso de refresco a su lado, y yo sentado cerca, comiendo papas fritas o

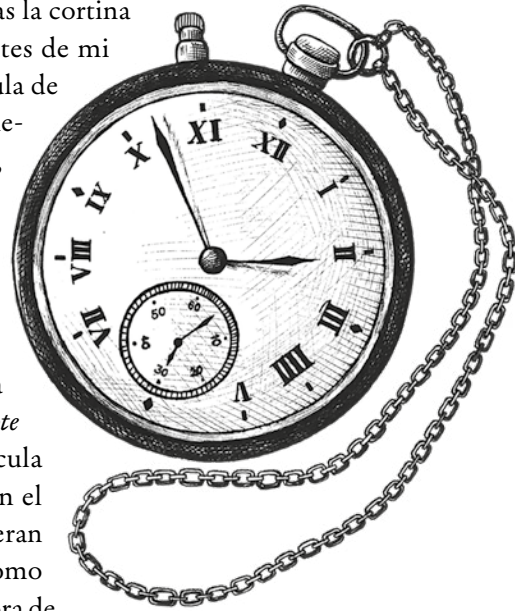
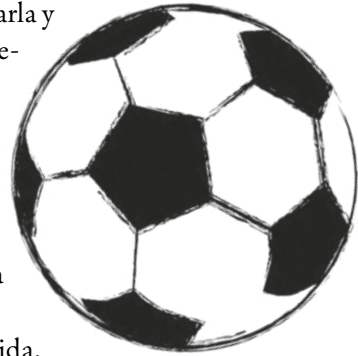
palomitas, había terminado. Y sin nadie para motivarme o recordarme, los partidos entre selecciones internacionales comenzaron a interesarme cada vez menos. La Eurocopa, la Copa Oro, la Copa América, todas las gestas, todos los compromisos futboleros, menos la Champions, que veía en algunas ocasiones, o la Liga Mx, que veía por mi afición acérrima al Club Deportivo Guadalajara, fueron saliendo de mi radar hasta que me enfermé.

El 30 de noviembre de 2022, mientras México se jugaba su pase a octavos de final en el Mundial de Catar, yo me jugaba la vida, recostado sobre una cama con las cervicales destrozadas. En ese momento no lo sabía, pero un tumor del tamaño de una uva crecía en mi interior sin que pudiera hacer nada. Mientras padecía los estragos de la enfermedad, postrado en una cama improvisada que una tía me había acondicionado en su casa, uno de mis primos encendió la televisión y se quedó a mi lado viendo el partido contra Arabia Saudita. México necesitaba ganar con una diferencia de al menos tres goles. Cuando vislumbramos el golazo que había metido Luis Chávez, a escasos minutos de haber comenzado el segundo tiempo, pensamos que aquello era posible. Pese al dolor que sentía en mi cuello, un dolor seco, como de huesos crujiendo, me emocioné por un momento, pensando que la hazaña mundialista era posible. No obstante, aquella oportunidad nunca llegó y en el tiempo agregado el héroe de Lusail, el delantero Al-Dawsari, sentenció el partido con un gol que dejó un marcador de 2-1.


Mi experiencia con el Mundial pudo haber terminado ahí. No quise ver más partidos, sin embargo, la Copa volvió a mí el 18 de diciembre de ese mismo año. Recién ingresado, tras meses aguardando por la atención que necesitaba, desperté al lado de mi tía en una cama de hospital. Ambos esperábamos un diagnóstico sobre mi estado de salud. Pero en los hospitales todo transcurre con una lentitud insoportable. Por eso, para tratar de matar el tiempo, tras haber desayunado, mi tía me preguntó si quería que prendiera la televisión del cuarto. Mi primo le había escrito para avisarle que ese día era la final del Mundial. Accedí a ver el partido y presencié una de las gestas más increíbles que se hayan visto en los últimos tiempos. El partido entre Argentina y Francia ha sido uno de los mejores que he visto en mi vida. Ver a un Lionel Messi con experiencia y talento puro contra un Kylian Mbappé, vertiginoso y letal, hizo que mis ojos recuperaran su brillo. La tanda de penales, que tuvo a Coman y Tchoaméni como los villanos del partido al fallar sus tiros, me recordó a lo dicho por Galeano sobre el fútbol: el estadio como lugar donde miles de personas pueden llorar o gritar por la misma razón. Y yo grité por dentro de la emoción que sentía pese a que mi cuerpo tembloroso apenas podía responderme.

Ver a Argentina coronarse por tercera vez, ahora con Messi, pudo haber sido mi última experiencia con los mundiales y sus astros, pero no terminó ahí. El 29 de diciembre de 2022, a escasas horas de haber salido de la sala de terapia intensiva, me enteré, cuando me llevaron de nuevo a mi cuarto en el área de hospitalización, de la muerte de Pelé. Ahí estaba el ídolo de mi padre, en la televisión, recién fallecido. La noticia me tomó por sorpresa. Recordé que mi padre me había dicho cada que podía que Pelé era el rey del fútbol, el tres mundiales, el mejor. Y yo, que nunca lo vi jugar, le creí. Ahora él también ya no estaba en este mundo. Lamenté la noticia y, al cabo de un rato, le pedí a mi tía que apagara la tele, pero mi vecino de habitación quería usarla y le dimos el control. Al poco rato, se puso a ver películas viejas del cine de oro. Creo que lo tranquilizaban o lo conectaban con algo familiar —le habían quitado parte de un tumor cerebral que lo había cegado de un ojo—. Después de un rato, con el ruido de las voces de los actores y actrices de la tele, me fui durmiendo, poco a poco. En un hospital nunca se descansa del todo, siempre hay una urgencia, una visita de los residentes, una mala noticia, otra inyección.

Cuando por fin desperté, la televisión seguía encendida. No había nadie a mi alrededor y se escuchaban, tras la cortina que me separaba de él, los ronquidos intermitentes de mi vecino de cuarto. Pasaban en Galavisión una película de Roberto Gavaldón, una que había visto con mi abuelo en la adolescencia: *Don Quijote cabalga de nuevo*, con Fernando Fernán Gómez interpretando a don Quijote y Cantinflas a Sancho Panza. De niño nunca había entendido la introducción de la película, pero en ese momento, con más de tres décadas de vida, reconocí los pasajes de la novela de Cervantes y reí recordando cómo se los había leído a mi padre en el momento que descubrí que el *Quijote* es, ante todo, una novela humorística. Vi la película completa, aunque quedé un poco insatisfecho con el final. Las diferencias entre la novela y la adaptación eran más que evidentes. Sin embargo, me puse a llorar como un niño. Mi mente se había fijado en el final de la obra de Cervantes, cuando en su lecho de muerte Sancho le pide a Alonso Quijano, como un hijo a su padre, que no se muera, que salgan al campo vestidos de pastores, pero éste le responde que se está muriendo, que ha recuperado la cordura y que los tiempos han cambiado. Empecé a llorar porque recordé la última vez que vi a mi padre. La ambulancia



ya estaba afuera de la casa, con las luces encendidas. Los paramédicos habían entrado al cuarto y se preparaban para llevárselo. Le dije que no tenía nada de qué preocuparse, que yo me encargaría de que todo estuviera bien. Él apenas alcanzó a asentir y ahí terminó todo.

Luego me reemplazaron varias vértebras cervicales por piezas de titanio, salí del hospital, regresé y volví a entrar hasta que llegó el 2026, el gran año, el del Mundial. Pienso en todo lo que ocurrió desde aquel anuncio en 2018. Mi padre ya no está, Pelé tampoco, y el cuerpo que tengo ahora es distinto del que tenía entonces. Pero el fútbol sigue ahí, rodando, y aunque el mundo parece colapsar, el Mundial del 2026 será el último baile de Cristiano Ronaldo y Lionel Messi, los astros más grandes de los últimos veinte años. Quizá, cuando empiece el torneo vuelva a sentarme frente a la televisión con un plato de papas fritas, esperando el primer silbatazo. Aunque ya no sea el mismo: el joven que saltaba de alegría con los goles de sus ídolos al lado de papá. 



← Karla Vázquez, de la serie *Balón robado*, territorio en venta

Alan Santos (Ciudad de México, 1992). Maestro en Gobierno y Asuntos Públicos por la UNAM. Ha colaborado con las revistas *Cuéntistica*, *Tachas* y *Primera Página*.

El balón y la furia

Alejandro Durán Moctezuma

Canta, oh musa, la ira del fanático del fútbol, cólera funesta que causó tantos males a la razón, y precipitó al infierno de la fama las almas valerosas de muchos ídolos, haciéndolos presa para el pasto de sus canchas —cumplíase la voluntad del Gran Capital—, desde que, por primera vez, separó una disputa del balón a dos equipos rivales...

El dramatismo del fútbol requiere una entrada igual de idílica que el inicio de la *Iliada*. La mitología detrás del llamado deporte más hermoso del mundo ha introducido una lógica igual de pasional que cualquier religión o política. No por nada se ha convertido en la triada maldita de las reuniones; las tres exigen como sacrificio, a cambio de su erudición, un servilismo devoto y la ruptura con cualquier estado de duda.

Y es que, así como los ejércitos de la antigüedad marchaban envalentonados por el cántico dirigido a los dioses, la patria o al amor, ahora vemos una situación similar en las calles aledañas a cualquier estadio. Los tambores de la fanaticada, las letras hípnicas, las banderas multicolores desplegadas, todo evoca un estado de acción que imita al pasado bélico. Así, la idea de adormecer la racionalidad para arrojarse contra el enemigo, ignorando todo instinto de conservación, también forma parte de la barbarie de este deporte, que tantas víctimas ha provocado.

En efecto, la pasión por el fútbol suele justificar la violencia porque se basa en la misma obnubilación de la razón. Aunque, a decir verdad, todo conflicto es provocado por eso: la creencia en que la pasión de uno siempre es más válida que la del otro. Toda competencia que esté diseñada para enfrentar llevará siempre la misma condición; es por eso que algunos intelectuales han sido tan pesimistas respecto al provecho que pueda existir en veintidós individuos sudorosos corriendo detrás de un balón. Aunque no todo puede ser tan fútil. También hay grandes escritores que encuentran en el fútbol la belleza y la metáfora. Pero, ¿para qué ponerlos a debatir cuando podemos ponerlos a jugar?

*

—¡Sean bienvenidos a otro clásico de esta vieja rivalidad! Sus servidores, Emilio Bernardo Alfonso y Cristófer Martino, les saludan. Hoy, el Real Escépticos F. C. se enfrenta al Atlético Identidad. Los equipos están por saltar a la cancha y en el estadio no cabe ni un alfiler. Escuchen nada más esos cánticos:

—¿Cómo te voy a querer, cómo te voy a querer? Si mi corazón es músculo, mi cerebro es listo, nunca te amaré.

—Toda una provocación, sin duda, Emilio. Pero los fanáticos del Atlético Identidad también cantan a todo pulmón:

—¡Vamos, vamos, pasiones, que esta noche, la cultura ha de ganar!

—El ambiente es inmejorable, Cristófer. Aquí vienen los equipos. Por el Real Escépticos tenemos a Jean-Marie Brohm como arquero, Theodor W. Adorno y Max Horkheimer como la pareja inamovible de defensores contra la industria cultural; Mary Jo Kane y Raewin Connel custodiarán desde la sociología por las bandas, para una sólida línea de cuatro. Umberto Eco, George Orwell, Jorge Luis Borges y Mario Vargas Llosa como los medios, con el argentino como capitán; qué ironía que lleve el 10 del Diego. Para cerrar tenemos a Gertrude Pfister como falso 9 y Beatriz Vélez acompañando en la delantera.

—Por el otro lado tenemos a Albert Camus en la portería. Una defensa argumentativa de cinco integrantes: David Goldblatt, Pablo Albarces, Brenda Elsey, Rosa López D'Amico y María José Pizarro.

—Parece que su estrategia defensiva irá por la historia y la educación, Cristófer.

—Ya veremos si le sale la estrategia, Emilio. En el medio campo, con una línea totalmente latinoamericana: Juan Villoro, Eduardo Galeano y Roberto Fontanarrosa. Mucha técnica poética y narrativa. Cerrando en pinza, tenemos a las delanteras Shireen Ahmed y Carrie Duun.

—¡Qué buen partido nos espera! Después del “Himno a la alegría” todo está listo. ¡Y arranca el juego!

*

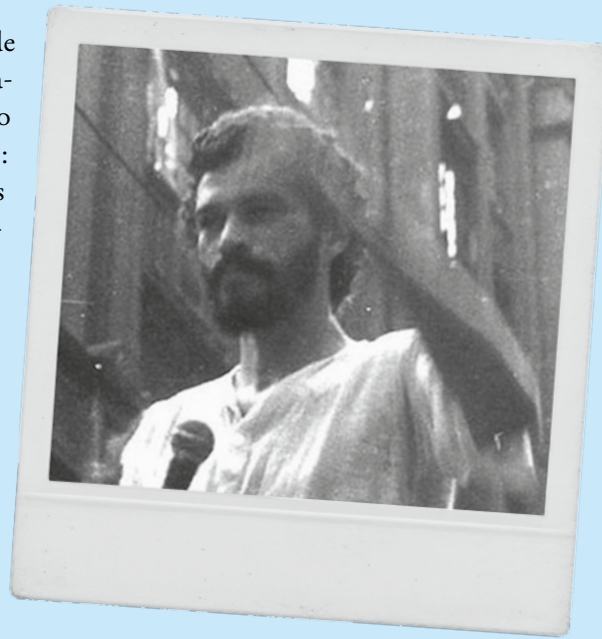
Muchos admiran la verticalidad y los regates de Cristiano Ronaldo, otros la contundencia y creatividad de Leo Messi. Ambos son grandes jugadores, y se necesitaría un espacio enorme para ensayar sobre quién es el mejor; por otra parte, la vieja guardia seguro pensará, cuando se les pida hacer gala de la nostalgia, en Diego Armando Maradona o Pelé, sin duda habilidosos jugadores que han sido inmortalizados al triunfar en los Mundiales de México 70 y México 86, ambos en el mítico Estadio Azteca.

Sin embargo, en esta ocasión quisiera hablar de otro futbolista, uno que posee muchas de las cualidades de todos los antes mencionados, pero cuyo prototipo refleja mejor la contrariedad del deporte: se trata de Sócrates, el delantero brasileño de los años ochenta. Mediocampista del Sport Club Corinthians Paulista, capitán de la selección de su país durante los mundiales de España 82 y México 86, contaba con licencia de médico general; leía filosofía y literatura en sus ratos libres; su apariencia desaliñada, que contrastaba con el *glamour* de los jugadores famosos, no le impedía demostrar su habilidad con regates de fantasía y grandes goles. Su destreza con el balón chocaba con el desinterés que sentía hacia el profesionalismo, pues en varias ocasiones declaró que “el fútbol había llegado por mero accidente”. Además, se dice que en los entrenamientos necesitaba de una cerveza que mitigara su sed de autodestrucción corporal. Aquel fatídico vicio sería lo que terminaría por arrebatarle la salud, y finalmente la vida, estando en el retiro.

Durante su paso por el Corinthians, en tiempos de la dictadura militar de Brasil, el delantero instituyó, junto a sus compañeros de equipo, la llamada “democracia corinthiana”, un sistema de votación igualitaria en donde todos los trabajadores del equipo, desde los utileros hasta los directivos, tenían la misma capacidad de decisión sobre los salarios, las formaciones de juego, las tácticas a balón parado o cualquier situación relacionada con el equipo. Este modelo resultó un recordatorio para el régimen de que dentro del deporte había formas de organización no absolutistas.

Para el antropólogo James C. Scott, esto sería una forma de infra-política, es decir, una manera de resistencia cotidiana que los grupos vulnerados utilizan para resistir la opresión o el intento de eliminación. Así, la condición de los empleados del club recordaba a los aficionados la posibilidad de una forma de organización más equitativa. Sócrates tenía una visión del campo de juego más allá de la cancha. Hacía rodar el balón al ritmo de una sociedad más igualitaria. En otras palabras, le interesaba el fútbol como contrapeso de un sistema político y económico injusto.

Sin embargo, el estilo futbolístico pragmático y elegante de Sócrates, así como sus convicciones, chocaron de frente contra una forma de olvido estremecedora: el espectáculo de los grandes capitales. Una vez que la dictadura brasileña cayó y los partidos políticos volvieron a surgir, el neoliberalismo hizo su aparición, tomando entre sus fauces la



identidad de este tipo de organización. Muy pronto la democracia corinthiana sucumbió frente a la lógica del mercado. La voz de los débiles calla cuando las monedas suenan. El discurso individualista de los jugadores estrella dejó de lado la organización grupal; el *joga bonito* de los brasileños dejó de basarse en la idea de un trabajo en equipo para centrarse en la autoexplotación de once figuras simbióticas que presumen y reculan entre sí lo suficiente para no perder su brillo individual.

Algo similar pasó con los directivos: las cooperativas que llegaron a mantener a varios equipos, no sólo en Brasil sino en todo el continente, sucumbieron ante la iniciativa privada; los mercados se rompieron mediante la compra de jugadores por precios desorbitantes y la brecha entre los equipos acomodados y aquellos que solamente son un accesorio continuó creciendo hasta nuestros días. Fue así que el discurso meritocrático alcanzó a este deporte. Los niños que ahora sueñan con ser futbolistas no lo hacen con la intención de trabajar haciendo lo que aman o de ser immortalizados bajo el gol del siglo, sino para ostentar éxito. Ahora se trata de tener contratos millonarios para representar a marcas de lujo o un simple pan de caja, lo que deje más dinero.

Este tipo de violencia mercantil, que deshumaniza y descarna el sentido del juego, intenta sepultar la memoria y los esfuerzos de jugadores como Sócrates. Pero espacios de reflexión como estos deben ser otro marco de resistencia. El fútbol femenino es, sin duda, otro escape a esta diatriba. Si bien la lógica del mercado también ronda entre sus filas, y existe de la misma manera una desigualdad de oportunidades entre el poder adquisitivo de los equipos, y ni hablar de la diferencia entre los sueldos entre hombres y mujeres, lo cierto es que, haciendo gala del trabajo en equipo y enfrentando al patriarcado en lo que se espera de ellas como figuras públicas, se conforma otro marco de resistencia que lucha para que se hable de su juego y no de su género.

De Sócrates se podría decir que no estaba enamorado del fútbol, pero que el fútbol sí estaba enamorado de Sócrates. Frente al olvido del capital, nosotros debemos enamorarnos otra vez de jugadores como él, ocupar nuestra memoria y nuestro deporte con todas sus letras: Sócrates Brasileiro Sampaio de Souza Vieira de Oliveira.

*

—¡Vaya encuentro trepidante, Cristian! Después de casi cuarenta y cinco minutos de partido, nadie ha marcado una diferencia clara. Brohm sale desde el fondo argumentando que el fútbol es un aparato ideológico para disciplinar cuerpos; Adorno recibe y dirige agregando que la industria cultural del deporte también sucumbe ante la lógica del capitalismo.

Pasa a Borges, que regata y ¡tira con su famosa frase “el fútbol es popular porque la estupidez es popular!”.

—¡Pero qué atajada por parte de Camus, Emilio! El argelino detiene el disparo aduciendo que todo lo que sabe de moral y las obligaciones de los hombres se lo debe al fútbol. Se luce ante su público con un par de dominadas absurdas, le pasa el argumento a Goldblatt; éste levanta la vista hacia la historia cultural de la humanidad atravesada por el deporte y juega en lateral con Albarces. El autor se va por la banda explotando su conocimiento sobre la identidad latinoamericana en el fútbol y descarga con Villoro. El mexicano pisa el argumento, lo dirige hacia el valor simbólico, hace pared con Galeano, quien le devuelve el simbolismo con la potencia de la poesía y el drama humano. Villoro filtra para Carrie Dunn, que prepara un remate sobre el empoderamiento femenino en el deporte y... ¡cerca! Mary Jo Kane sale a tiempo para tapar con su contraargumento de la desigualdad de género y la representación mediática injusta en el balompié.



*

16

La designación de México, Estados Unidos y Canadá como sedes para la Copa Mundial del 2026 estuvo plagada de violencia. Poco antes de su nombramiento, el FBI destapó una red de corrupción para la elección de los mundiales en Rusia 2018 y Catar 2022. Joseph Blatter, el entonces dirigente de la FIFA, impuso mediante sobornos a personajes clave, dónde y cuándo se jugarían los mundiales; por ello fue juzgado en suelo norteamericano, y poco después, Gianni Infantino quedó a cargo del organismo. A los meses de que eso ocurriera, desde Nueva York, se anunció el triunfo de América del Norte como alcázar de la máxima justa del fútbol.

A través de ese tráfico de influencias, España y Portugal perdieron la oportunidad de ser la sede del Mundial ante Rusia; posteriormente, Marruecos sucumbió por paliza ante los tres países que reciben la competencia este año. Algunos dirían que quien no transa, no es sede. Así, ya sea por acuerdos en las sombras o promesas de experiencias primermundistas a la luz del día, el dinero arrebató oportunidades a países enteros; y aunque resulta más evidente esta desigualdad económica con otros sectores más preocupantes, lo relevante del asunto es el incumplimiento del *fair play* financiero, que sólo existe entre algunos clubes, si acaso.

Por otra parte, algunos argumentarán que ser elegidos como sede ayuda a los países que necesitan un mayor ingreso, pero hay reportes de que los campeonatos mundiales de fútbol dejan más pérdidas que

Fuera de lugar

ganancias para los anfitriones. Victor Matheson, economista norteamericano especializado en deportes, muestra en sus investigaciones que las remodelaciones y construcción de infraestructura rebasan la derrama económica, muchas veces sobrevalorada; además, explica que estas ganancias no se redistribuyen, sino que se quedan en los bolsillos de los grandes consorcios sin que atiendan al bienestar social.

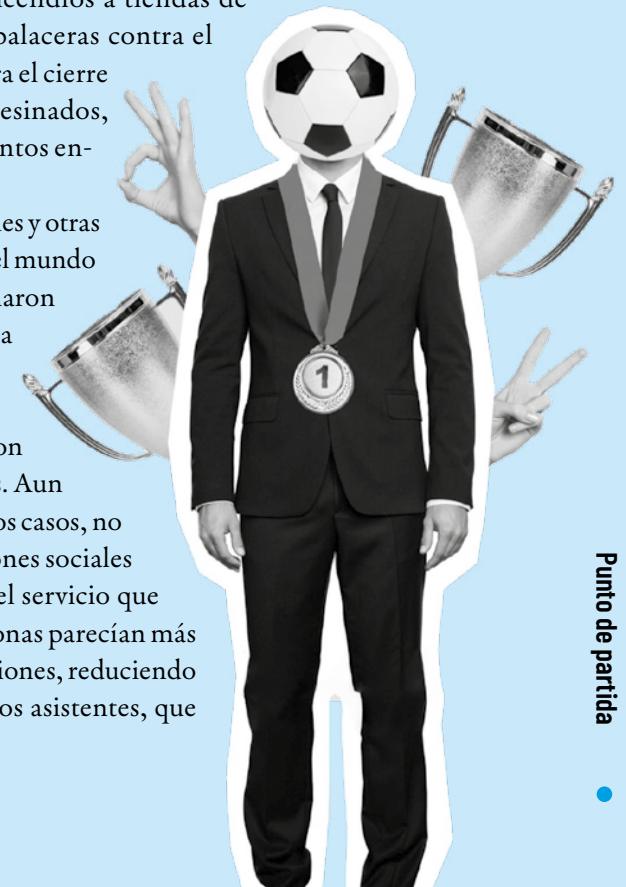
En México, los problemas que implica la designación de la sede incluyen la gentrificación y el vaciado de la cultura, plastificándola para el consumo turístico. Además, el precio estratosférico de los boletos o el hecho de que, por primera vez, los *fanfest*, lugares abiertos al público local para tener una experiencia mundialista, tendrán costo, demuestran la exclusión de quienes no tienen grandes ingresos económicos. Por si fuera poco, los desplazamientos de inquilinos en inmuebles de las sedes mundialistas, para convertirse en negocios de alojamiento, se están agrando. Así, la violencia económica que produce la competencia poco obedece al discurso de unión que tanto pregona la FIFA.

*

El 22 de febrero de 2026, fuerzas federales abatieron a uno de los líderes más poderosos en el mundo de la droga. En represalia, grupos criminales lanzaron una contraofensiva en varios puntos del país, generando bloqueos, quema de vehículos, incendios a tiendas de conveniencia y bancos del Estado, así como balaceras contra el Ejército y la Guardia Nacional. El saldo final para el cierre de ese domingo terrible fue de treinta y tres asesinados, entre delincuentes y agentes del orden, en distintos enfrentamientos.

Imágenes de la violencia desatada, algunas reales y otras generadas por inteligencia artificial, recorrieron el mundo entero. A partir de eso las redes sociales se llenaron de cuestionamientos para México como sede de la Copa del Mundo. Los reclamos y preguntas no carecían de fundamento: el Estado fue desafiado, delincuentes armados hasta los dientes mostraron que pueden extender el pánico y paralizar el país. Aun con ello, el tema de la seguridad, en muchos de los casos, no se abordó como una compleja red de implicaciones sociales y económicas, sino como una molestia contra el servicio que el país puede ofrecer a los turistas. Muchas personas parecían más preocupadas por nuestra reputación como anfitriones, reduciendo la violencia a una afrenta contra el confort de los asistentes, que

17



Punto de partida

por las familias varadas en las carreteras o las balaceras constantes en los municipios. Y es que, si bien es adecuado preocuparse por el bienestar de aquellos que quieren celebrar en los estadios, también es verdad que reducir la óptica del problema únicamente a lo que piensen o lo que pueda pasar a los ciudadanos de otras naciones durante el Mundial es, en sí mismo, otra forma de violencia, pues excluye el sufrimiento de aquellos que no se involucran de forma directa con el certamen.

Para el día martes de esa misma semana, cuando la calma por fin llegó de nuevo a los estados, los turistas de otros países salieron de su reclusión momentánea para seguir disfrutando de sus vacaciones, del clima aciago y de la hospitalidad mexicana. En redes sociales se pudieron observar fotografías de visitantes junto a autos quemados o felicitando a soldados que custodiaban las zonas hoteleras, como si la violencia fuera parte del atractivo turístico. Así, el terror se volvió espectáculo, pues los consumidores de nuestras playas y ciudades volverían a la tranquilidad de sus respectivos países, y el miedo, como siempre, se quedaría en quienes han sido designados para ofrecerles un mejor servicio. ¿Será diferente cuando nos visiten para el Mundial?

Esa misma semana la FIFA ratificó a México como sede mundialista. Ni las redadas del ICE o los bombardeos a países de Oriente Medio por parte de Estados Unidos, ni los narcobloqueos en este país, fueron suficientes para cambiar de planes. No importa si la violencia viene del Estado o si lo desafía, el balón seguirá rodando mientras tenga una cancha de billetes verdes donde pueda hacerlo. Incluso se le puede inventar un premio por promover la paz con aranceles y bombas. La violencia sólo amenaza al juego cuando perjudica a los poderosos, no a quienes disfrutan de él. La pelota y el mundo no pararán de girar.

*

—¡Pero qué partido acabamos de ver, Cristian! No cabe duda, *Dios es redondo* y juega *El fútbol a sol y sombra*.

—Al final, Emilio, todo terminó gracias a una de las fórmulas más antiguas del *deus ex machina* aplicado al balompié: el empate.

—Me parece que tenemos a Borges para entrevista en el terreno de juego, vamos con nuestro reportero en cancha.

—Gracias, compañeros. Estamos aquí con el capitán del Real Escépticos: maestro Borges, ¿cómo afronta su equipo este empate?

—Sí, bueno, *sbo* creo que creo que fue un partido muy duro. Nosotros salimos a hacer nuestro plan de argumentación, pero también cuenta el rival que teníamos enfrente, ¿no? Nadie puede rebajar a lágrima o reproche este resultado.

—Se comenta que podría estar por cambiar de equipo para el próximo encuentro, ¿es verdad?

—No, esos son sólo rumores. *Sbo* soy un hombre desgraciadamente sentimental, muy sensible. Y mi corazón le pertenece a este club.

—Gracias, maestro. Ahora seguiremos a Eduardo Galeano... ¡Maestro, maestro! Una pregunta nada más: ¿cómo se siente con este resultado?

—Sabemos que el fútbol es un naufragio compartido. Cada equipo sudó la camiseta por su punto de vista y al final creo que dimos un lindo espectáculo.

—¿Alguna vez sabremos si el fútbol vale la pena?

—¿En qué se parece el fútbol a Dios? En la devoción que le tienen muchos creyentes y en la desconfianza que le tienen muchos intelectuales. Al final este juego es una decisión personal.

—Gracias, maestro. Volvemos al estudio, compañeros.

*

El 16 de diciembre del 2000, Monarcas Morelia, el equipo de mis amores y el de mi papá, jugó la final contra los Diablos Rojos del Toluca.

Después de ciento ochenta minutos de nervios a flor de piel, todo se resolvió en tanda de penales. Juan Villoro dijo en *Dios es redondo* que el ejecutor de un tiro penal experimenta una sensación de aislamiento al momento de estar frente a la portería, pues todo el estadio (y los televidentes) ven su decisión en tiempo real. Nosotros lo experimentamos ese día.

Después de una primera ronda, el encuentro se fue a muerte súbita, ese concepto que esconde todos los secretos y pasiones en su furibundo nombre. La manera en que esperas a que se revele si el balón entró o no a la portería te roba el aliento como si se tratara de otra presentación de *la petite mort*. Al final, Heriberto Ramón Morales, de Monarcas Morelia, anotó. Éramos campeones.

Esa manera de compartir un triunfo en el que sólo participaste como espectador, con una explosión de alegría, es uno de los sentimientos más genuinos, aun en su falsedad. Compartir la coronación con los once avatares en el campo de juego es, sin duda, la máxima causa del deporte. Una forma de elevarse. Sólo aquellos que triunfan entienden cuando dicen que el fútbol es una religión. Una manera de compartir la inmortalidad.

Mi papá y yo nos abrazamos. Gritamos que éramos campeones. Aquella tarde salimos en auto para celebrar: las calles estaban llenas de gente vitoreando entre los autos con las banderas rojiamarillas. No importaba que fuéramos desconocidos, todos nos saludábamos, todos nos decíamos campeón o campeona. Nunca volví a ver ese furor en la ciudad.

Veinte años después, el multimillonario dueño de Monarcas Morelia decidió mudar la sede a Mazatlán. Una vez más, el dinero pudo más que la pasión. Una sola persona pudo arrebatarle a toda una ciudad su trance de comunión con los inmortales. ¿No fuimos acaso también víctimas de violencia por eso? Se nos despojó, en un abrir y cerrar de ojos, de la oportunidad de hacer comunidad a través de un objetivo común. Quizás uno falible, tal vez incluso absurdo, pero que sabemos por Camus que aun así vale la pena vivir.

Como exprofeso de la religión del fútbol puedo comprender la pasión por el deporte; conozco la identidad y la alegría, pero también comprendo la violencia y la barbarie que pueden llegar a provocar. Este deporte es contradictorio por naturaleza. Pero como diría Marco Aurelio, uno no se molesta con la naturaleza de las cosas, al contrario, la acepta por lo que es. Así, con sus fallas, sus contradicciones, con su esperanza.

*

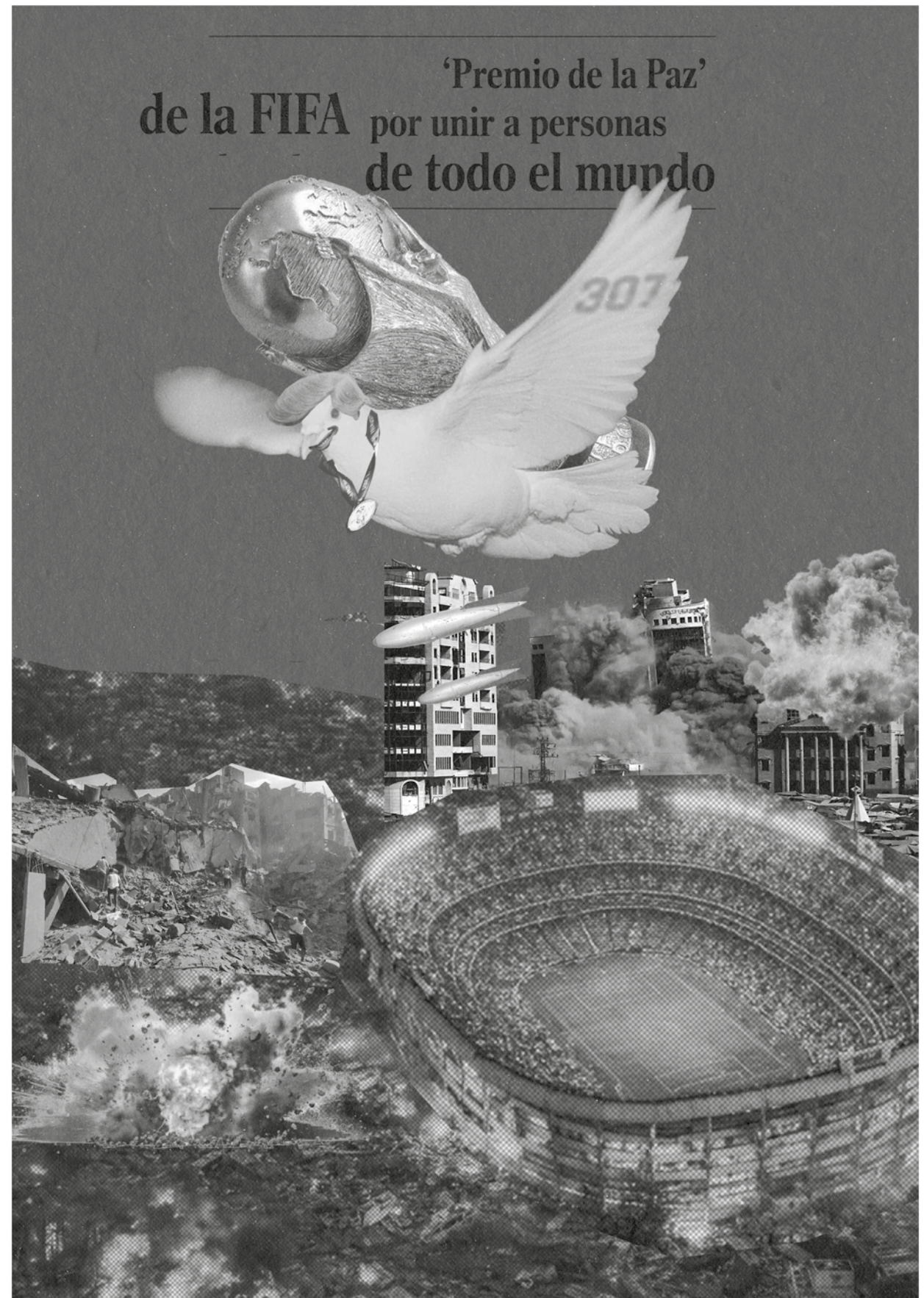
20 Cuando era niño odiaba el fútbol. Me recuerdo agazapado en las esquinas del patio mientras mis primos y mi hermano jugaban; yo solía moverme en sentido contrario al balón, tratando de evitar que me golpearan con él por accidente (o a propósito). Mi papá solía decirme que, como era hombre, debía jugarlo. De nada servía que llorara al negarme.

Luego de muchos dolorosos encuentros, mi hermano, quien siempre quiso ser futbolista, se acercó a mí y me reveló un secreto: entre más huyera del balón, más doloroso sería cuando me golpearan con él. No lo entendí de inmediato, pero con el pasar de los juegos supe que tenía razón. Ser valiente durante el juego hizo que comenzara a disfrutarlo. Me dio confianza para intentar mis primeros regates, para tirar a portería. Finalmente, me consideré curado de espanto el día que salí a la cancha imaginaria como portero, atajando con furia.

Gracias a eso disfruté de jugar fútbol, pero, además, me sentí más unido a mi padre y mi hermano. El fútbol tiene muchas cosas negativas, pero, en realidad, ninguna está relacionada con el deporte en sí. Seguimos jugándolo porque nos recuerda que la vida sigue. Quique Wolf ya lo dijo en su poema: *¿Cómo vas a saber querido amigo? / ¿Cómo vas a saber lo que es la vida? / si nunca, jamás... jugaste al fútbol...*

Yo, por mi parte, sólo tengo otra pregunta: ¿cómo no te voy a querer? 📍

Alejandro Durán Moctezuma (Morelia, 1991). Se interesa en la narrativa y el ensayo. Ha publicado en las revistas *Punto de partida* y *Río Seco*. Es conductor del programa de radio *El Ideario: la fiesta de las ideas*, donde entrevista a escritoras y escritores mexicanos.



▲ Luis Brock, "La diplomacia", de la serie *Juego sucio*

Sedes invisibles

Luisa M. Zárate

Fotografías: Colectivo Edificio Isabel, Tacubaya

El arraigo es quizás la necesidad más importante y más desconocida del alma humana.

Simone Weil, *La necesidad de raíces*



El Mundial del 2026 es, entre muchas cosas, un interruptor. Enciende un reflector de estadio, blanco, frontal, sobre aquello que sucedía pero se había disimulado en la penumbra con eufemismos como “revitalización”, “regeneración urbana”, “puesta en valor”. Antes de que se juegue el primer partido, el espacio urbano ya se ha redibujado en un mapa de zonas “aprovechables”, corredores “en transformación” y edificios

que, de pronto, se descubre que valen más fragmentados que habitados de manera continua.

Mi casa entra en ese mapa. Aunque no está cerca del estadio ni forma parte del circuito turístico oficial, tiene el mérito —o el defecto, según quien mire— de haber sido construida en los años veinte con techos de doble altura, esquinas oblicuas que dispersan la luz, ventanales y arcos que conectan cada espacio de la casa. A todos mis vecinos y a mí nos dijeron que no nos renovarían los contratos, incluidas las familias que llevan cuatro generaciones aquí. Lo que nombramos como “casa” y ojalá “hogar”, ahora es común que se nombre como “activo con potencial”, palabras que contienen la promesa de su mutilación, porque lo que tiene potencial se entiende como algo que aún no ha sido explorado en su totalidad y, por tanto, debe ser optimizado, densificado, dividido, reconfigurado para alojar flujos en vez de sostener vínculos. Como señala el geógrafo Luis Alberto Salinas Arreortua, la Ciudad de México se inscribe en un proyecto de urbe “totalmente neoliberal”,¹ en el que las políticas y normativas locales procuran condiciones para la inversión privada y la reproducción del capital inmobiliario, independientemente de las afectaciones que esto provoque en quienes ya habitan esos espacios. El Mundial no es la causa de que me saquen de mi casa, lo que el Mundial 2026 hace, como en Sudáfrica 2010 o Brasil 2014, es amplificar procesos que ya estaban en marcha, acelerarlos y darles una nueva legitimidad política.

Van a poner una pared sobre los arcos para dividir el inmueble y hacerlo dúplex. Pondrán tablaroca sobre los arcos que el arquitecto Juan Segura diseñó en 1924 por razones anacrónicas para los tiempos de hoy. El Conjunto Isabel está catalogado por el INBA. Esta catalogación protege la fachada. El interior, no. Esa distinción revela con exactitud qué entiende el Estado por patrimonio. Lo que se protege es la imagen. Lo que se puede fotografiar y puede aparecer en una postal o en una guía turística como “arquitectura histórica de la Ciudad de México”. Lo que pasa adentro, quién vive ahí, cómo vive, qué historia colectiva se ha acumulado, no tiene categoría jurídica que lo proteja. Los arcos van a desaparecer. Los dúplex van a aparecer. El edificio seguirá viéndose igual desde la calle.

Esto es, en miniatura, la lógica completa del maquillaje urbano que acompaña a los megaeventos: la ciudad se prepara para ser vista sin importar cómo es habitada. La diferencia entre ambas cosas es exactamente la diferencia entre el patrimonio tangible y el intangible. Y lo intangible, que no puede tasarse —el tejido social, la memoria colectiva, la red de

¹ Luis Alberto Salinas Arreortua, “Los riesgos que vienen con la gentrificación a causa del Mundial”, *Gaceta UNAM*, 20 de octubre de 2025.

confianza construida en décadas de convivencia— es precisamente lo que se destruye cuando una familia que llevaba cien años en un lugar tiene que irse porque el propietario quiere aprovechar el momento “global” de la ciudad.

Rebecca Solnit propone pensar la memoria colectiva como infraestructura: el conocimiento acumulado de cómo funciona un lugar, quién sabe qué, qué se hizo la última vez que algo falló. Cuando una comunidad se dispersa, esa infraestructura se destruye. Y a diferencia de un edificio, no puede reconstruirse con presupuesto. En su investigación sobre la gentrificación de San Francisco, Solnit identifica que las primeras en ser expulsadas suelen ser, en muchos casos, las personas que mantenían unido el tejido social. Con esta investigación se pregunta ¿cuántos hilos puedes jalar antes de que el tejido social se desintegre?

El Mundial, como interruptor, acelera procesos que habrían tardado algunos años más en volverse tan descaradamente visibles. La gentrificación asociada a este tipo de eventos, y conviene nombrarla sin eufemismos, no se limita a reorganizar quién puede pagar la renta en un perímetro determinado ni a alterar la mezcla de comercios y servicios disponibles; lo que transforma de manera más profunda y menos visible es la gramática misma de lo común, la sintaxis a través de la cual se organizan y se perciben las relaciones en un espacio compartido. Allí donde antes existía la figura del vecino, con sus ambigüedades inevitables, sus ruidos abruptos, sus favores, sus chismes, se reemplaza poco a poco por una rotación de huéspedes cuya existencia está mediada casi exclusivamente por contratos, plataformas y sistemas de sistemas digitales de reputación. La relación deja de ser social para volverse estrictamente transaccional.

Está documentado cómo los megaeventos deportivos funcionan como aceleradores de exclusión urbana, desalojo y desarraigo.² En Barcelona 1992, la regeneración olímpica de Poblenou y del litoral fue celebrada internacionalmente como modelo de renovación urbana, lo que los informes no enfatizaban era el desplazamiento de los habitantes que vivían en esas zonas consideradas “degradadas”. En el Mundial de Sudáfrica 2010, comunidades enteras fueron removidas para dar paso a infraestructura que en muchos casos quedó inutilizada después del torneo.³ En Londres 2012, un estudio documentó cómo los Juegos Olímpicos cambiaron la naturaleza del espacio y el lugar desde la perspectiva de los residentes del este de la ciudad, quienes enfrentaron demoliciones

² Claudio M. Rocha y Zixuan Xiao, “Sport Mega-Events and Displacement of Host Community Residents: A Systematic Review”, *Frontiers in Sports and Active Living*, Lausana, enero, vol. 3, 2022.

³ Christopher Werth, “South African slums pushed aside for World Cup”, en *Toward Freedom. Global reports. Grassroots perspectives*, 2018.



y reubicaciones que transformaron irreversiblemente sus barrios.⁴ El patrón se repite con suficiente consistencia, estos megaeventos son deportivos, pero sobre todo son negocios, y suele suceder que los únicos que ganan son los que ya venían ganando.

Los colectivos en defensa del derecho a la vivienda que marcharon el pasado 27 de febrero de 2026 por la avenida Baja California hacia la Secretaría de Turismo tienen un nombre para lo que está pasando: las cuatro D. Desplazamiento, desalojo, despojo, desarraigo. Cuatro palabras para un solo proceso que ocurre a velocidades distintas en diversas zonas de la ciudad. En Santa Úrsula Coapa, zona cercana al Estadio Azteca, los habitantes denuncian construcciones que operan con sellos de clausura y sin permisos, cierre de comercios locales por el polvo y las excavaciones, escasez de agua por obras conectadas ilegalmente a la red pública y el desplazamiento de familias que llevaban generaciones en esa zona. Las rentas de departamentos en colonias aledañas al estadio pasaron de ocho mil a diecisiete mil pesos, y en algunos casos hasta veinticinco mil. Airbnb figura como “promotor oficial” del Mundial 2026, proyecta generar treinta y cinco millones de dólares durante el torneo, y las noventa mil personas que usarían la plataforma para alojarse lo harían en viviendas que hasta hace poco eran hogares permanentes de familias de la ciudad.

⁴ Jordan David Cotton, “London 2012 and Resident Experiences of the Urban Changes in a Post-Olympic Landscape” (tesis M. Res.), Bournemouth University, 2018.

Queda la cuestión, entonces, de qué hacer frente a este tipo de procesos que se presentan como hechos consumados. Una posibilidad, la más habitual, es adaptarse, buscar otro lugar, reacomodar las piezas de la propia vida alrededor de la premisa de que el mercado decide y una se ajusta. Otra, menos cómoda pero más necesaria, es insistir en que lo que está en juego no es únicamente el futuro de unas cuantas viviendas, sino la definición misma de lo que consideramos legítimo cuando hablamos de ciudad. Si aceptamos sin resistencia que es razonable transformar barrios enteros en escenarios de consumo, entonces el Mundial habrá contribuido a consolidar la idea de que lo urbano y lo común son un espacio transaccional, donde la única permanencia posible es la de la lógica del capital.

La gentrificación contemporánea es un proceso, con frecuencia violento, mediante el cual entornos urbanos complejos y heterogéneos se vuelven más homogéneos y excluyentes. Frente a esa escala, la tentación es pensarse sólo como víctima o, en el otro extremo, como observador inocente. Yo no soy ninguna de las dos cosas. Pertenezco a esa clase joven que celebra un café con leche de avena, mis preferencias por ciertos lugares configuran el tipo de demanda que vuelve rentable la expulsión del barrio. Reconocer el propio lugar en esa cadena no agota ni resuelve el problema, pero introduce una condición desde la cual interrogar qué tipos de prácticas, arreglos colectivos y formas de institucionalidad barrial podrían operar como contrapeso. Escribir desde ahí, desde esa incomodidad situada, puede funcionar como un primer gesto de desvío

26




Fuera de lugar



para ensayar imaginarios y dispositivos que honren la diversidad en temas de consumo, de organización y de comunidad capaces de abrir una fisura en la coreografía urbana que se desdobra globalmente.

Porque, al final, todo vuelve a la pregunta por la comunidad. Cuando no haya agua —y hay zonas de la ciudad donde ese futuro ya llegó—, cuando las exigencias del presente se vuelvan más caóticas que hoy, la única infraestructura que va a importar es la comunitaria; las redes de apoyo con sus formas de organización que permitan sostener la vida cotidiana más allá de lo que pueda comprar cada quien en solitario. Sin comunidad no hay hogar, sólo cajas contenedoras de personas que con el paso del tiempo se desgastan sin que nadie lo note.

No necesitamos esperanza en el sentido abstracto del término, lo que necesitamos es recuperar la confianza en la capacidad de actuar, aunque sea en escalas mínimas y, a veces, invisibles. Esa capacidad se ensaya en marchas como la de las cuatro D, en decisiones concretas sobre con quién nos aliamos, qué proyectos apoyamos, qué tipo de ciudad financiamos con nuestro dinero y nuestro tiempo. El Mundial pasará, como pasaron otros, pero las estructuras que deja tienden a permanecer. La única forma de no quedar atrapados del todo en ellas es empezar a tejer otras estructuras, superpuestas y tercas, muy tercas, que devuelvan a la noción de comunidad su densidad política y la desplacen del registro de la nostalgia hacia el de una práctica organizada de defensa del derecho a la ciudad y a la vivienda. 

Luisa M. Zárate (Ciudad de México, 1991). Es escritora, fotógrafa y curadora de iniciativas colectivas como Instituto Tropical y Laboratorio Editorial Tormenta. Su práctica transdisciplinaria articula documental, ficción y gesto poético para ensayar modos de habitar que desbordan lo individual hacia lo común y lo simbiótico.

27

Punto de partida

Apurate, Perú

Jorge Malpartida Tabuchi

Chacón entra a su departamento en Buenos Aires con una caja llena de sus cosas de la oficina. Papeles, sólo papeles. Lo bueno de todo esto, piensa, es que al fin podrá ver tranquilo, sin interrupciones, el último partido de las eliminatorias. Nada de encargos de Scaglioni a última hora. Oíme, Perú, traeme la minuta del caso Sánchez-Paredes, ahora. Apurate, Perú, no estés fumando allá al fondo, no te rasqués las pelotas, y dejá de mirar la tele.

Y Chacón corría hacia su cubículo, agarraba la llave e iba al archivero, mientras el resto sí veía en la pantalla gigante de la sala de reuniones el ingreso de los equipos a la cancha y las alineaciones. En cambio, Chacón buscaba entre fólderes el caso Sánchez-Paredes, y el Buscaglia-Lombardi, y los recibos y las minutas con enmiendas, mientras sus compañeros sí escuchaban el griterío en las tribunas y la risa de Scaglioni en cada tiro al palo. Apurate, Perú, ¿no andarás fumando? ¿O mascando esa cosa verde que traés de allá? Apurate. Cuando encontraba los documentos y volvía a su sitio, ya todos gritaban un gol, abrazados, sin él.

Ahora que Chacón, por fin, está en su departamento para ver por primera vez tranquilo a su equipo peruano, perdonen la tristeza, en su última chance de clasificar al Mundial, se siente un poco menos dañado. No importa que esa mañana Scaglioni lo haya botado así, sin más ni más, luego de chamber diez años en el estudio, sin aumento ni ascenso, el eterno mensajero del despacho, pese a su licenciatura en Derecho, porque oíme, Perú vas a tener que arrancar de abajo porque ese cartón de universidad nacional de no sé qué pampón andino acá vale una mierda. ¿Entendés? Pero ustedes tienen fama de laboriosos. ¿O no?

Prende la tv, sintoniza Fox Sports y ya están saliendo los equipos a la cancha. El locutor, con pinta de Scaglioni, dice que la Argentina ya clasificada hace varias fechas a la Copa 2026, invicta en casa, va ahora a defender su título de campeón a este Mundial de las tres naciones del norte. Para repetir la hazaña como en el 78, y como con Diego, en México, en el 86, y Messi en Catar, muchaaachos, y aquí soñamos con ser bicampeones ya no de América sino del mundo. Y ahora, decime, de dónde salió este equipito de los Andes que necesita un milagro para clasificar, ganar en el Monumental y rezar a que los demás no ganen.

Pero decime, ¿cuándo fue la última vez que una selección peruana pasaba de la media cancha? ¿Cuándo, decime?

Chacón abre su primera cerveza. En la tv arranca el primer tiempo. El primer ataque de la albiceleste es imparable, ese 9 argentino es un avión, talento de potrero, piensa Chacón, arriba Perú, ¡arriba!, y mientras el pibe entra al área y le quiebra la cintura al defensa central, capitán de su equipo, que por las justas puede alcanzarlo. Y que Zambrano ya no corre como cuando estaba en Boca, que volver a su tierra lo ha oxidado. Una gambeta más, el 9 se lleva hasta el portero y gol. Goooool. Gol. Y goool. Chacón aplasta la lata de cerveza: se acuerda de los encargos de Scaglioni, de las minutas en el archivero, de los goles que nunca gritó en la oficina. Viene de nuevo ese 9 de potrero, un avión es este pibe, lo quiebra a Zambrano, toda la defensa peruana en el piso como en matadero. Y golllll golllll goooooolll. A los quince minutos del primer tiempo ya van 2-0, esto pinta para goleada, grita el locutor. De nuevo, Perú fuera del Mundial. Chacón exprime otra lata que ya no parece lata.

A los treinta minutos, el relator ya no habla de fútbol sino de historia. Que Perú necesita un verdadero milagro, voltear la contienda, y luego golear y rezar porque en otros estadios también juegan partidos decisivos. En la pantalla dividida sale la tabla de posiciones: muy arriba Argentina, con jerarquía, y más abajo, lejos de la línea del repechaje siquiera, relegado, Perú, que ya por las justas respira como sus zagueros.

Chacón arma una torre con las latas aplastadas. Y recuerda esos diez años también relegado. Sin ascenso ni bonos. Ya apurate, Perú, ¿dónde está esa minuta? En su sillón, Chacón busca los cigarrillos pero no trae encendedor. En la tv repiten el segundo gol en cámara lenta. Ese 9 argentino que ya piensa en los estadios de Estados Unidos, Kansas City y Dallas. Y el locutor Scaglioni dice que éste será el Mundial más grande de la historia, con más partidos y negocio. Amigo peruano, un abrazo grande y a comprar una linda tele para ver en casa los goles argentinos.

Chacón cambia de posición en el sillón. Se quita los zapatos. Abre otra cerveza. En el minuto cuarenta, un centro desesperado al área argentina termina en fracaso. Porque ese Guerrero ya no corre nada, y que mejor vaya para el geriatra. Chacón piensa en que aún queda tiempo, un gol puede darles esperanza. Pero oíme, este equipito ya parece cansado y recién vamos por la primera mitad.

En el entretiempo muestran imágenes de hinchas peruanos en Buenos Aires, banderas rojas y blancas en algún bar de Corrientes, cantos que se apagan con cada repetición de los dos goles argentinos. Uno de ellos grita que igual irán al Mundial, aunque sea a vender cebiche afuera del

estadio. El relator se ríe, y qué rica que es la comida peruana. Chacón siente que la risa se parece demasiado a la de Scaglioni.

Arranca el segundo tiempo. Argentina toca y toca. Perú corre detrás del balón como si siempre llegara un segundo después. Comienza el baile, todo se desarma. Putamadre. Vienen los goles, de uno y de a dos. Y esto ya no parece fútbol sino tenis: mirá ese marcador, ese arco peruano parece una coladera.

Para la mitad del segundo tiempo, cuando ya no quedan latas que aplastar y el marcador en contra es de 5-0, el 9 argentino es reemplazado entre aplausos. Éste es un pibe de oro. Y Perú, decime, dónde está esa minuta. Apurate, no estés fumando. Chacón busca otra vez sus cigarrillos, pero carajo, no hay encendedor. Se levanta emputado ahora sí, y mientras el locutor sigue cantando las sedes en donde Argentina jugará allá en el norte, Chacón arranca la tv de un tirón. Y la lanza por la ventana, antes de oír que el locutor con pinta de Scaglioni celebre otro gol.

Golpe seco contra el pavimento y vidrios rotos.

Unos vecinos del edificio sacan la cabeza por la ventana, le putean a Chacón, le dicen que dejá de hacer boludeces, dejá mirar tranquilo el partido, y otros revisan en la calle la carcasa que cayó desde el quinto piso. Chacón mira el espacio vacío en la sala. Un hueco en la pared. Camina hacia la cocina, agarra sus cigarrillos y encuentra unos fósforos al lado del horno. Enciende uno.

Aspira.

Exhala.

Y ahí, en la entrada de la casa, se fija en la caja con papeles, sólo papeles, y el resto de las cosas de la oficina.

Quiere otro cigarro pero ya no quedan fósforos. Entonces abre la llave del gas y piensa que igual el Mundial se va a jugar muy lejos. La llama en la hornilla no aparece y lo único bueno es que mañana ya no tiene que volver al trabajo.

Chacón se queda quieto en la cocina. El cigarrillo sigue entre sus dedos.

Respira tranquilo.

Alguien desde la calle grita otro gol. 📢

Jorge Malpartida Tabuchi (Arequipa, 1990). Periodista y escritor. Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la Universidad Nacional de San Agustín. Maestro en Escritura Creativa por la PUCP. Autor de *Contra toda autoridad, excepto...* (2024). Es parte de la antología *Otras formas de ser humano* (2024). Fue uno de los ganadores del Premio OEI de *Cuentos de Ciencia y Tecnología* (2023).





▲ Beto Ortiz, "El gran estreno", de la serie *Ferropsicodelia mundialista*



▲ Beto Ortiz, "Consolidación", de la serie *Ferropsicodelia mundialista*

¿A quién beneficia el fútbol?

Marianna Cabrera Vizcarra

La llegada de un nuevo formato para el Mundial de Clubes el año pasado generó suspicacia entre los espectadores, nadie sabía qué iba a resultar, ¿sería la nueva competencia más importante del mundo o terminaría en completo desastre? Al final, no fue lo uno ni lo otro; en cambio, fue un mes de fútbol muy entretenido para los fanáticos, pero despertó una conversación importante en torno a la carga de trabajo de los jugadores.

Mucha gente dirá: “¿Cuál carga de trabajo?, si esta gente sólo persigue un balón y le pagan millones”. Sí, es cierto. También es cierto que conforme pasan los años los jugadores llegan a límites físicos nunca antes vistos. Cristiano Ronaldo, quien acaba de cumplir cuarenta y un años, lleva más de veinte jugando al máximo nivel. Todo parece indicar que estará presente en el próximo Mundial y no ha dado señales de querer retirarse. Lo mismo sucede con Lionel Messi, aunque el argentino todavía no es cuádragenario, es raro ver a jugadores mayores de treinta y cinco años jugando como lo hacen ellos. Por supuesto que no corren como en sus años mozos, pero la magia sigue ahí. Más que humanos, parece que estas personas a las que vemos en la televisión son súper hombres, máquinas de anotar goles y pararlos, de atacar, de defender y —sobre todo y antes que nada— de hacer dinero.

Antes de la última edición del Mundial de Clubes, este torneo se celebraba anualmente. Sin embargo, el año pasado sucedió un cambio importante debido a una “grandiosa” visión de la FIFA y su capitán al mando, Gianni Infantino: más equipos es igual a más partidos, más partidos es igual a más dinero. Los equipos participantes se cuadruplicarían y la espera entre cada edición también, con lo cual se parecería más al formato de la Copa del Mundo, de hecho, Jorge Valdano lo llamó “Mundialito”.

Esta idea aparentemente tan genial se enfrentó con algunos obstáculos al ponerse en práctica. La venta de entradas no dio los resultados que se

esperaban, sobre todo en los primeros partidos; tal vez por la novedad del formato, por lo poco interesantes que resultaban algunos partidos o porque la población de Estados Unidos, país anfitrión, no es conocida por su afición al balompié. Del lado de los equipos, hubo múltiples quejas sobre el clima y el estado de las canchas.

En 2024, unos meses antes del Mundialito, algunos jugadores hicieron ver su molestia ante el asfixiante calendario. En vísperas de que la Champions League arrancara un nuevo formato con más partidos, Rodri Hernández hizo unas declaraciones que mandaron al mundo del fútbol a una espiral de pánico. El ganador del Balón de Oro de ese año advirtió que los jugadores estaban a punto de irse a huelga por las exigencias del juego. Después, otros futbolistas como Dani Carvajal del Real Madrid y Jules Koundé del Barcelona se sumarían al llamado de atención del centrocampista español.

La mayor preocupación de los futbolistas y los cuerpos técnicos son las lesiones, cada vez más frecuentes. El mismo Rodri sufrió una que le impidió jugar prácticamente toda la temporada 2024-2025, y a finales del año pasado volvió a lastimarse. En el mismo Mundial de Clubes se vio en vivo y a todo color un aparatoso accidente entre el portero del PSG Gianluigi Donnarumma y Jamal Musiala del Bayern de Múnich —quien acababa de reincorporarse a la cancha luego de estar ausente por otra lesión—, el cual dejó al joven alemán sin poder jugar hasta enero de este año. Seguido vemos a los mejores jugadores, con un nivel impresionante en una temporada, desaparecer a la siguiente porque se están rehabilitando.

El club de fútbol como empresa

Desde hace muchos años el deporte dejó de valer por el mero goce, lo que más importa ahora son los negocios que se pueden hacer con él. Al igual que los organismos que los rigen, los clubes se han convertido en empresa y, como tal, su mayor preocupación es hacer dinero. El jugador está en todo momento sirviendo a ese interés, como cualquier otro empleado de cualquier otra empresa. Para hacer dinero un club tiene que vencer a sus contrincantes, ganar títulos, vender —tanto productos como jugadores— y venderse a quien guste poner un logo en los uniformes de sus estrellas.

Para triunfar, los jugadores deben tener una salud impecable y conservar un nivel de resistencia física y mental a lo largo de toda la temporada, que puede ser de aproximadamente cinco meses en el fútbol mexicano y de nueve en el europeo. Su rendimiento depende de una mezcla entre un estilo de vida equilibrado, un cuerpo fuerte que aguante las condiciones

más demandantes y la maestría técnica. Quien dedica su vida a perseguir el balón se transforma cada vez más visiblemente en una máquina, ensaya una y otra vez ciertos movimientos hasta incorporarlos automáticamente y aprende soluciones de juego estándar. Mientras más experimentado sea el jugador, más herramientas tendrá para mecanizar su estilo. Quizás por eso los jóvenes maravilla son tan encantadores. Esos jugadores que debutan en su adolescencia, que juegan, gambetean y encuentran soluciones originales siempre llaman la atención porque conservan un estilo único; los ejemplos más frescos que tenemos son Lamine Yamal en la esfera internacional o Gilberto Mora en la nacional.

El fútbol no obedece a los jugadores, tampoco a los aficionados. La profesionalización del deporte en la primera mitad del siglo pasado



▲ Karla Vázquez, de la serie *Balón robado*, territorio en venta

obligó a quienes lo jugaban a entregarse por completo a los intereses de su club, los cuales rigen su vida tanto en horas laborales como en sus tiempos libres. En los inicios del fútbol profesional, un jugador entrenaba un par de horas diarias y tenía otro trabajo. Ahora, entrenan durante las mañanas y por la tarde pueden hacer uso de su tiempo siempre y cuando sigan una estricta dieta, se vayan a la cama temprano, procuren seguir ejercitándose fuera de los entrenamientos y se concentren con el equipo cuando el club lo disponga. Cuando su ciclo con un determinado equipo termina, llega la hora de venderlos al mejor postor como si de una subasta de Sotheby's se tratara, son ya más mercancía que persona.

No quiero decir que los jugadores estaban mejor cuando tenían dos trabajos o que la manera en la que se hacían las cosas en los albores de la profesionalización del fútbol era mejor o peor, de hecho, hasta hace relativamente poco, el club tenía más control sobre el destino de un jugador cuando terminaba su curso en el mismo. Antes de los años noventa, los futbolistas no podían irse de un equipo a otro sin tener al viejo club como intermediario y sin que el nuevo no le pagara la cláusula de rescisión aunque el contrato ya hubiera concluido. Desde finales del siglo pasado, los futbolistas tienen la posibilidad de irse como agentes libres una vez que sus contratos expiran y negociar nuevos con otros equipos sin que el anterior se lleve gran parte del dinero de la compra. Si bien la figura del agente libre se asocia casi siempre a un jugador mayor o poco prometedor cuyas opciones de traspaso son pocas o nulas, cada vez son más los futbolistas que se van libres y negocian sin la intervención de su antiguo equipo; tal fue el caso de Kylian Mbappé en 2024, quien se vio involucrado en un pleito legal con el PSG después de que expirara su contrato y se fuera como agente libre para firmar con el Real Madrid, un equipo con el que había querido jugar desde niño.

Me imagino que para alguien a quien le guste jugar y sea talentoso resulta muy atractivo dedicarse exclusivamente al deporte, y hoy en día se ha convertido en una prioridad laboral trabajar en algo que a uno le apasione. Sin embargo, desde la segunda mitad del siglo pasado —en torno a la época en la que comenzaron a colocar anuncios en los uniformes— y más recientemente con la transformación de los clubes de asociaciones civiles a sociedades anónimas, los intereses han cambiado. Si bien el fútbol se ha convertido en un negocio que les permite a sus jugadores ganar millones y no hacer nada más que jugar y publicitar marcas, el costo se ha traducido en lesiones y en menos libertades para su vida privada.

La realidad es que la empresa no se preocupa por nadie más que por ella misma. Si un calendario sobresaturado es lo que da más dinero, aunque lo haga en detrimento del bienestar de sus jugadores y de la calidad del juego que vemos en nuestras pantallas, que así sea. El "Mundialito" se jugó en un año intermedio entre la Eurocopa y la Copa América del 2024 y la Copa del Mundo que se celebrará este verano. Todos estos torneos se juegan en los meses de junio y julio, cuando los jugadores y el personal que los acompaña en todo momento deberían tener vacaciones.

¿Cuándo es suficiente?

Con declaraciones como las de Rodri Hernández o su entrenador Pep Guardiola —quien se ha quejado amargamente por lo apretado de la



▲ Karla Vázquez, de la serie *Balón robado, territorio en venta*

agenda en más de una ocasión— se hace cada vez más evidente que este ritmo tan apresurado no le funciona a nadie más que a los bolsillos de unos cuantos socios y directivos. Los cuerpos de los deportistas no dejan de llegar al extremo de su capacidad, siempre hay un récord que batir, un nuevo torneo o un partido más en el que pueden probarse ante ellos mismos, la afición, las cámaras, su entrenador y el director del club.

Ante este escenario, es necesario preguntar cuándo es suficiente: ¿cuando el cuerpo lo exige o cuando el dinero lo mande? Parece que la respuesta es lo segundo. Después del terrible accidente de Jamal Musiala —quien es, por cierto, uno de mis jugadores favoritos— en el Mundial de Clubes del año pasado, muchos nos preguntamos cuál era la necesidad de que asistiera a ese torneo si acababa de recuperarse de una lesión, incluso unos días antes había sido sustituido en un partido ante el Boca Juniors por una molestia y aun así jugó contra el PSG. Fue una desafortunada consecuencia de algo que ya se veía venir, parecía una catástrofe que se pudo haber evitado. La pregunta que le sigue a esta reflexión es: si se pudo haber evitado, ¿por qué no lo hicieron?

La respuesta es obvia. La FIFA y los otros organismos que rigen el fútbol siguen creando campeonatos y sacándose partidos de la manga para vender más entradas, más publicidad y más *merch* con la excusa de que eso es lo que queremos los aficionados, lo cual no es del todo mentira, pues aquí nos tienen viendo todo lo que se inventan, sin embargo, nadie se los pidió. Los equipos no van a decir que no quieren ser partícipes de estos esquemas; el año pasado la FIFA repartió las ganancias generadas en el Mundial de Clubes entre todos los equipos que compitieron, ¿cómo negarse ante tal oferta? Por otro lado, los jugadores quieren seguir vivien-

do una vida opulenta, usar mochilas y neceseres de Louis Vuitton, pasearse en yates y hacer fiestas extravagantes —como el controversial cumpleaños de Lamine Yamal en julio del año pasado— en los pocos días libres que tienen al año; seguramente por eso no ha estallado la huelga con la que amenazó Rodri.

Una vez le comenté a una amiga a la que poco o nada le interesan estos asuntos, pero que había visto algún partido del Mundial de Clubes, que dicho torneo me parecía excesivo, que las exigencias para los deportistas eran demasiadas y demasiado peligrosas, a lo que me contestó que es su trabajo, que ganan mucho dinero como para no hacerlo. Y es cierto, es difícil empatizar con alguien que en unos pocos años hará sumas de dinero que la mayoría no alcanzaremos a ver aunque trabajemos cuatro décadas. Si ellos están dispuestos a pagar el precio de una vida lujosa con su cuerpo, no hay nada más que hacer. Lo que le toca al aficionado entonces no es hablar por aquel que gana millones, sino por nosotros mismos y el juego que tanto nos gusta.

En unos meses tendrá lugar el Mundial en nuestro país y aunque en un principio podría parecer excitante, no hay que dejarnos llevar por la emoción. No puedo hablar por Monterrey y Guadalajara, porque no vivo ahí y no he ido recientemente, pero me imagino que sus circunstancias no son muy distintas a las de la Ciudad de México, la cual se ha convertido en un lugar aún más hostil de lo que ya era con los preparativos para este magno evento. En la colonia Santa Úrsula Coapa y zonas aleda-

ñas en la alcaldía Tlalpan, los habitantes están sufriendo de primera mano las consecuencias de la tardía remodelación del que alguna vez se llamó Estadio Azteca y que ahora ha adoptado el nombre de un banco privado. Calles cerradas, deficiencias en el transporte público, escasez de agua y afectaciones a la salud por el polvo y los residuos que genera la obra son algunas de las cosas que han tenido que sobrellevar los vecinos del Coloso.

Esto tampoco puede ser bueno para el deporte ni para los fanáticos, varios de ellos incluso residen en las colonias afectadas. Nada que atente contra el bienestar de una vasta mayoría puede ser beneficioso para los pocos que se enriquecerán con este evento ni para la minoría que podrá ir a alguno de los estadios durante la justa mundialista. Los partidos duran noventa minutos, pero las repercusiones de poner el dinero antes que todo ya se están manifestando y todavía falta ver qué será de las ciudades anfitrionas una vez que terminen los pocos partidos que se disputarán en México. Es claro que a los cuerpos técnicos y a los futbolistas no les interesa mucho nombrarse víctimas de un esquema de negocio tan perverso, porque de alguna manera lo son, ni pronunciarse en contra de lo que sufren los habitantes de los lugares que los verán alcanzar la gloria. Qué decir de la FIFA y los gobiernos de los países anfitriones, es a ellos a quienes menos les importan estas tropelías. Pero del otro lado del estadio, creo que es seguro decir que no estamos contentos y que, por nuestra parte, ya fue suficiente. **D**

Marianna Cabrera Vizcarra (Ciudad de México, 2001). Es egresada de Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Actualmente está formándose como editora en El Colegio de México.

Radio Soccer

Diego Salomón Hernández García

La voz de la América Latina desde México surca los aires...

Me conforta el nombre de las cosas,
clarísimas, las palabras surgen de las ondas electromagnéticas.

Traemos para ustedes el discurso de nuestro Señor presidente...

Lamento a las orejas que no están enjauladas en esta locomotora de voces sin piel,
porque no se enteran de lo profundo que hierde anotar en propia puerta.
Otros muchachos también sueñan en estas canchas,
escuchan el miedo de la derrota
y las aves canoras de los goles,
después de eso: las noticias.

Otra vez, Cruz Azul y América se enfrentan en la gran final.

Pero nada es más importante que el partido,
en noventa minutos el tiempo se filtra entre los horizontes de las piernas.
Juego de pelota,
escaramuzas arqueológicas en mis oídos.
Para pintar en una radio este aguacero de rodillas a la intemperie
me bastan los hercios florecidos en la boca.

De su relato imagino el campo y los uniformes,
son ágiles gatos jugando con madejas.
Entre las voces de auxilio,
destruyo la celebración en un abrazo con un igual, no le conozco,
pero pienso: "un día voy a colgar tu nombre en estas gradas".
Aparece el sólido ondular del sonido,
el pitazo final,
otra vez ganamos,
todos juntos.
Casi veo la explosión de los pañuelos blancos en el estadio,
como suaves taxidermias sin mullido.
La transmisión acaba
y una industria abominable se apodera de este baile sospechoso.

Diego Salomón Hernández García (Metepac, 2001). Egresado de Lengua y Literatura Hispánicas de la UAEMéx. Ganador del Premio Universitario Horacio Zúñiga Anaya 2024 en Poesía. Fue publicado en la antología *Guarismo* (2023). Fue entrevistador en *Hervor de abril y/o Los vapores de mayo: Palabras de juego* (2024) y coordinó la antología adjunta a esta obra, *Rumbos fundamentales*.



La belleza del vencido

Joaquín de la Torre

*Aveva quella bellezza
di cui solo i vinti sono capaci*
Alessandro Baricco

42 Digo esto bajo el riesgo —y el deseo— de equivocarme, pero incluso quienes sólo han visto un partido de fútbol esporádicamente habrán de compartir esta opinión: Messi jamás debe ganar la Copa del Mundo. Pero que mis palabras no se confundan con mezquindad. Como cualquier aficionado al fútbol, y sobre todo como hincha del F.C. Barcelona, nada me haría más feliz que verle el codiciado trofeo en brazos. No sólo por contemplar su mirada emocionada y una sonrisa plena por fin; una de esas muecas que él nos dibuja cada que hace un caño, un tiro libre o la diagonal de siempre dentro del área. En el fondo, es más bien el deseo humano de que uno de la tribu, por lo menos uno, sea completamente feliz.

Sin embargo, hasta ahora, como señala Jordi Puntí, “el Messi que yo conozco, el que conocemos prácticamente todos, es un Messi real que, sin querer, también se ha ido convirtiendo en una ficción poderosa”. Acaso sus fracasos con la selección de Argentina —llamémosles así, sin temor a la palabra— sean el último rasgo de verosimilitud humana que le quedaba. Claro que la Copa América, hasta cierto punto, manchó su hoja de vida, pero aún nos queda el consuelo de que no ha llegado a tocar la cúspide mundialista. Lionel Messi posee todavía esa felicidad terrenal e incompleta que nos permite sentirlo tan cercano como a un primo o como a un vecino de la colonia: un vínculo que nos hace llorar cuando él llora y que nos impulsa a levantarlo del césped cada que pierde una Copa.

Quizá mentí al inicio y en realidad sí deseo que Lionel nunca gane la Copa del Mundo. Porque en el fondo quiero que Messi siga siendo Messi y no la deidad inalcanzable en la que ciertos opinólogos pretenden convertirlo. Todo con tal de que no termine inmolado por la divinidad tal

y como le ocurrió a Sémle. Claro que el astro argentino no necesita de ningún tipo de condescendencia. Aquel “demonio de la lucidez, el genio del análisis y el inventor de las combinaciones más nuevas y seductoras de la lógica con la imaginación” —como lo calificaría Paul Valéry— ha soportado la derrota más veces que la mayoría de las personas. Acaso no lo notamos porque únicamente su palmarés es igual de impresionante.

Dice Casciari que, en las últimas décadas, el fútbol nos ha enseñado una cosa sobre la vida moderna: tirarte al suelo te asegura una ventaja sobre el otro. El teatro, la mentira y la sobreactuación pueden asegurar una victoria. En cambio, Lionel Messi pocas veces se deja vencer. Es quizá el único jugador que prefiere correr, soportar las patadas y romper las playeras con tal de seguir detrás de la pelota. Sólo se le equiparan aquellos que, entre amigos, se disputan una caguama en el estacionamiento de la colonia. Muchas veces incluso sucede algo absurdo en el fútbol contemporáneo: se triunfa sin hacer nada, con ese mal llamado gol de visitante, por posiciones en la tabla o con un soporífero empate. Claro que ganar es bonito, pero es mil veces más lindo meter un gol en el arco rival, el grito eufórico alrededor de la cancha, los compañeros fundidos por un abrazo y enseñarle a tu gente el 10 de tu dorsal para decirles: “somos más que un club”. Por eso la playera de Messi es un estandarte: porque es de los pocos números en el mundo que todavía tienen un valor real.

Honestamente nunca importó que sus vitrinas carecieran de trofeos con la albiceleste. A qué desquiciado le interesa, por ejemplo, hacerse hoy día con un título nobiliario. Messi es el mejor de todos los tiempos con o sin Mundial. Pero quizá ésa no sea la razón por la que sonrío cada vez que salta a la cancha. Hay futbolistas para quienes la ascensión que brinda un beso a la copa del mundo es la felicidad. Maradona, por ejemplo, no importa cuántas veces muera, siempre



▲ Mariana Hernández, *Buenos valores, malos modales*

renacerá gracias al título de 1986 —por algo tiene su propia iglesia en Argentina—. No se trata, en cambio, sobre la gloria ni la eternidad para Messi. La felicidad es para el rosarino algo pequeño e inaprensible, como una pulga. Su felicidad empieza con el pitazo inicial y termina noventa minutos después. No más, no menos. Messi sabe, sin saberlo, que nadie puede ser feliz si sólo se empeña en buscar en qué consiste el sentido de la vida.

Nos queda un consuelo. Lo dijo Galeano: para ser una leyenda del fútbol tienes que ganar la Copa del Mundo o, por lo menos, perder la final contra Alemania. Ha sucedido antes: Cruyff estuvo cerca de triunfar en el Mundial de 1974, pero falló ante Alemania en Múnich; Puskas, junto con la inigualable Hungría de 1954, también fracasó en el último partido contra Alemania. Y efectivamente, Lionel Andrés Messi es el capitán de una camada que hasta hace poco nunca había ganado absolutamente nada. Y aun así nunca dejó de ser el argentino más dichoso durante la siesta junto a sus hijos Thiago, Mateo, Ciro y su perro Hulk. Claro que ha llorado, se ha dado por vencido, e incluso declaró: “Hice todo lo posible. Me duele más que a ninguno, pero es evidente que no es para mí. Deseaba más que ninguno un título con la selección y lamentablemente no se me dio”. Pero quién no interrumpió de niño una cascarita por un raspón en la rodilla y volvió a casa envuelto en llanto. Y, aun así, todos hemos regresado al día siguiente a la calle para patear la pelota como si nada malo hubiera ocurrido.

Hoy día hay quienes creen todavía en el destino. Algunos le han buscado las formas más extrañas a los restos que dejó una gran explosión en medio de la nada y piensan que esos escombros luminosos determinan nuestra personalidad. Otras personas insisten en que en el nombre se carga cierta penitencia. Y no falta quien jura que los primeros minutos de un futbolista sobre la cancha encaminarán el resto de su carrera deportiva. Por ejemplo, nunca falta el supersticioso que asegura fervientemente que Messi jamás habrá de conseguirlo todo por la derrota de dos a cero en su debut contra el Oporto. Habrá quienes opinen que sus fracasos se deben más bien a su expulsión al segundo cuarenta y siete en su primera aparición con la absoluta de Argentina en el partido contra Hungría. A lo mejor hay algo de cierto en ambas



suposiciones o quizá debutar con el 14 de Cruyff haya sido lo que realmente terminó por inclinar la balanza en el Mundial del 2014. ¿Coincidencias? Por supuesto, pero necesitamos explicaciones que den sentido al porqué ni siquiera Messi puede llegar a ser completamente feliz.

Con todo y esto, pocas veces pierdo las ganas de querer alentar al equipo sudamericano, incluso a pesar de Maxi Rodríguez. Claro que influye el octavo principio hermético, donde se señala que antes del quinto partido México quedará eliminado del Mundial, pero también se debe a que los argentinos son quienes mejor han dominado el *mexican style*: juegan como nunca, pierden como siempre. “El resto —dice Caparrós— es la clásica ilusión argentina —y mexicana—: creernos más de lo que somos”. Pese a esto, seguimos a la espera de que Messi gane la Copa del Mundo, porque precisamente son estas pequeñas creencias sin sentido las que le dan todo el sentido a la existencia. Como aquellos pantalones que compraste y que nunca usas porque al final no eran de tu talla. Y aun así los guardas al fondo del clóset porque, si los tiras, un día dejarás de pensar en la dieta. Una dieta que nunca has hecho, pero que te ancla a una vida más o menos saludable cada vez que consideras ordenar un plato extra de pasta a la boloñesa. Si te deshaces de esos pantalones, en cambio, empezarás a engordar más rápido de lo habitual. Y de pronto, sin darte cuenta, un día los pantalones que llevas puestos tampoco te quedarán, tendrás gota, el colesterol y los triglicéridos andarán por las nubes y, finalmente, sufrirás un infarto fulminante. Y todo por tirar aquellos pantalones que no eran de tu talla junto con la absurda esperanza de que el lunes comienzas la dieta. Después de todo, la felicidad siempre se firma en servilletas de papel.

Otro instante extraordinario —de los que te ayudan a sobrellevar el día a día, un mes, la vida entera e incluso la muerte— lo atestigüamos durante la eliminatoria al Mundial de Rusia, cuando Perú declaró fiesta nacional tras clasificar después de treinta y seis años de ausencia y de sufrir incontables marcadores escandalosos en contra. Hubo gente que alternó el llanto con la risa y no faltaron los peruanos que se llevaron la camiseta del abuelo o del papá difunto al otro extremo del mundo. En fin, se hicieron miles de hazañas descabelladas, actos que bordeaban la locura, pero no muy distintas a lo que es hablar con un montón de huesos en un panteón, escribir en el muro de Facebook de algún difunto o vestir el *boodie* de tu pareja como si fuera una extensión de su piel. Finalmente, los andinos ganaron su único partido una vez que ya estaban eliminados de la competencia, pero el detalle es menor si pensamos en el abuelo y el nieto unidos por un instante a través del tiempo gracias a un *jersey*. Poco importa que nunca hayan visto juntos a su selección en el césped durante un Mundial. Si la Copa del Mundo nos reconcilia cada cuatro

años como especie, de igual manera la derrota nos mantiene vinculados cuando el torneo termina. Una de las pocas ventajas de que sólo haya un campeón. Por lo mismo, que Messi no gane el Mundial es quizá lo mejor que nos puede pasar a los hinchas del fútbol. Es el puente que nos permite seguir reconociendo al mejor de todos los tiempos como uno más de los nuestros: un ser humano común, corriente e incompletamente feliz.

Eso no me impidió que, cuando Francia eliminó a Argentina en Rusia 2018, le agradeciera a los astros por los horarios de oficina que me impedían compartir el Mundial con mi hija de seis años. En especial aquel partido. Simplemente no habría sabido cómo explicarle a mi pequeña que los héroes, ya no digamos sangran o se rompen huesos, sino que se deshacen en llanto. Algo quizá más brutal que decirle, por ejemplo, que papá a veces no tiene para pagar la hipoteca o la colegiatura. Eso sería fácil porque, a fin de cuentas, soy un hombre como cualquier otro —aunque ella todavía me mire como si fuera un superhéroe—. Incluso, a su corta edad, podría entenderlo mejor que mi hermana o mi propia esposa. En cambio, cómo le dices a alguien que luce tan pequeña y frágil que los hombres más grandes, esos que uno admira toda la vida, se duelen hasta el alma, igual que uno. Cómo podría explicarle que su príncipe azul no será ni príncipe ni azul y que un día éste se quebrará en mil pedazos, y que no podrá hacer nada para evitarlo; que se doblará, no por la guerra ni por defender a su país, sino porque llegará el día en que Messi tendrá que colgar los botines. Cómo decirle a una niña que está descubriendo la vida que nadie llega a ser completamente feliz. Ni siquiera el héroe que ambos adoramos. Simplemente me parece una lección demasiado dura para esa edad. Yo, por ejemplo, a mitad del camino de mi vida, no logro asimilar del todo que la vida a fin de cuentas es injusta. A veces, por lo mismo, me dan ganas de rezar, pero el simple hecho de que la Pulga continúe fracasando cada cuatro años, o que los impuestos vayan en aumento y los salarios en declive, me hace pensar que nadie nos escucha. Que los hombres sólo nos tenemos a nosotros mismos. Como escribió Scott Fitzgerald en *The Great Gatsby*: “*The loneliest moment in someone’s life is when they are watching their whole world fall apart, and all they can do is stare blankly*”. Con esto, pareciera que Fitzgerald



de igual manera narró anticipadamente el penal más amargo que Leo ha fallado en toda su carrera. Ese que chutó contra Chile en la Copa América del 2016: siendo el *primus inter pares*, Messi quiso encarrilar la victoria de su equipo, disparó primero y erró. Por segunda vez consecutiva perdía una final contra los andinos, pero ahora de la manera más fácil: con un simple penal.

Por lo mismo considero que habría que agregar una acepción al neologismo *mésimo* que propuso Marc Pastor. Un apartado donde se hable de este segundo aspecto de Leo. No basta con decir que *mésimo* es un adjetivo que califica a quien “sobresale en su fútbol, que exhibe en alto grado la técnica, persistencia, calidad, fuerza en un partido, jugada o gol”. Tampoco basta con señalar que se refiere al “enfrentamiento, eliminatoria o final en el que se ha visto una actuación estelar de Leo Messi”. Habría que añadir que *mésimo* significa que ciertas noches terminarás llorando bajo el chorro de la regadera.

¿En qué momento se puede señalar entonces que alguien es realmente feliz? Cuando vemos a una persona sonreír lo intuimos, pero también sabemos que no lo es del todo. Y eso está bien, a pesar de que vivimos en una época que se empeña en que sonriamos siempre, en que seamos absolutamente felices. Incluso en el dentista, donde uno aparentemente vivirá una tortura medieval y de donde saldrá lleno de dolor. Y aun así —como apunta el comediante James Acaster— mientras esperas sentado en la sala del dentista, llega la recepcionista y te da un cuestionario para llenar en lo que llega tu turno. Y de pronto te hallas frente a una pregunta que es lo último que necesitas en ese momento: “Pregunta uno: en una escala del uno al diez, ¿qué tan contento estás con su sonrisa? Estás contento: sí, claro. Estás sonriendo: sí. ¿Cómo te hace sentir eso? Es decir, cuán contento estás con tu felicidad, básicamente. No es una pregunta odontológica, ¡es una pregunta existencial!”. Y efectivamente, quién puede decir en algún punto de su vida: ya está, mi sonrisa es perfecta; finalmente soy feliz. Cabría añadir la cuestión: ¿en qué momento podemos considerar que una sonrisa está completa? ¿Hay alguna medida en el Sistema Internacional de Unidades? ¿Los científicos han descubierto la fórmula para calcular la parábola en la sonrisa perfecta?

Afortunadamente, a pesar de estas insondables interrogantes, sonreímos, ya sea de manera auténtica o únicamente para Instagram. Incluso hay ciertas sonrisas que llegan a volverse *virales* —como si poco a poco nos estuviera infectando el veneno del Joker—. Sin embargo, creo que sólo hay una sonrisa más famosa que la de Lionel Messi. Únicamente el gesto de la *Mona Lisa* se le compara en misterio y popularidad, aunque ambas levantan innumerables interrogantes. ¿Por qué demonios Messi

sonríe a pesar de nunca haber ganado la Copa del Mundo?, se preguntan, por ejemplo, ciertos analistas argentinos.

Frente a estas cuestiones hay quienes se aventuran en busca de respuestas innecesarias. Hace unos años, por ejemplo, los científicos de la Universidad de California ofrecieron una explicación a la misteriosa belleza de *La Gioconda*. En la revista médica *Mayo Clinic Proceedings*, los médicos aseguraban que “el enigma de la *Mona Lisa* puede resolverse mediante un simple diagnóstico médico de una enfermedad relacionada con el hipotiroidismo”, e incluso reducían su sonrisa a “una posible parálisis facial periférica o parálisis de Bell”. Por otra parte, científicos alemanes de la Universidad de Friburgo, liderados por Jürgen Kornmeier, del Institute for Frontier Areas of Psychology and Mental Health, estudiaban la pintura para saber cuál es la emoción de *La Gioconda*. Dicho de otro modo, buscan comprobar si la expresión facial de la *Mona Lisa* realmente es de felicidad. Como si uno no tuviera simplemente el derecho a esbozar una sonrisa idiopática. Y ni hablar de los científicos españoles del Instituto de Neurociencias de Alicante, quienes publicaron en *New Scientist* que su sonrisa cambia, pues “en función de cómo se la mire, puede estar tanto radiante y sonriente, como seria”. Es decir, los seres humanos sólo somos capaces de captar la sonrisa ciertas veces, ya que “dependiendo de la célula que capte la imagen primero será uno u otro canal el que la transmita al cerebro para posteriormente interpretarlo”.

Insatisfechos con estos descubrimientos, tampoco faltan los laboratoristas que ahora intentan probar biomecánicamente otra cosa que todos sabemos: Messi es el mejor de todos los tiempos. No conformes con afirmar que Santa tendría que viajar a 8.2 millones de kilómetros por hora —el equivalente al 0.8% de la velocidad de la luz— para entregar los regalos en Navidad o con escribir una ecuación para descifrar el gol imposible de Roberto Carlos contra Francia en 1997, ahora se empeñan en dar respuestas lógicas al milagro de la Pulga. Indiferentes ante el daño que causan a su alrededor, pertenecen a la misma estirpe de las petroleras y las mineras que extraen cobalto de las montañas sin siquiera asomarse a los bosques y a los dos o tres ríos que hay alrededor. Sólo les interesa encontrar respuestas donde no las hay, principalmente de aquellas cosas que no queremos saber. Se olvidan de que muchas veces la dicha está en especular al tanteo o que hacer preguntas sin solución puede brindar más sentido a la vida.

Por ejemplo, todos los hinchas del fútbol constantemente nos preguntamos qué habría pasado si Messi hubiera debutado con la selección de España a los diecisiete años. Jugar a la pelota junto a sus amigos: Iniesta, Xavi, Piqué, David Silva. Posiblemente cuando ellos se coronaron campeones del mundo, el argentino extrañó por un instante haber estado

ahí. No tanto por el título en sí, sino por el sentimiento de compartirlo con sus compañeros de toda la vida. Una sensación similar a perderse de niño alguna excursión del colegio por culpa de la gripa. Sin embargo, el mismo rosarino ha afirmado innumerables veces que no se arrepiente de haberse inclinado por la absoluta de Argentina. Y a pesar de estas declaraciones, compatriotas suyos no se cansaron de reprocharle por años que no entonara el himno nacional antes de un partido, de ser pecho frío o de estar más comprometido con el Barcelona.

No obstante, dudo que Messi haya comenzado a cantar antes de cada partido con su selección para complacer a sus detractores. Tampoco creo que tenga nada que ver con el fulgor abstracto de un nacionalismo. Messi no quiere ser la bandera que fue Maradona. Mucho menos le importa la comparación. Además, es imposible e indeseable por razones históricas y sociales. Bien apunta Patricio Pron en la revista *Jot Down*:

los argentinos —y en general los hinchas del fútbol— más bien aman a Maradona debido a que sus excesos, accidentes y caídas reflejan lo que desean creer: que la posesión de un talento lleva a la condenación del sujeto que lo posee y que, por consiguiente, es mejor no esforzarse.


Por mi parte, especulo que lo hizo por Rosario, sus viejos amigos del barrio, las maestras y los entrenadores. Pero más que nada lo hizo por su abuela materna Celia, a quien a la fecha le dedica cada gol con los dos dedos índices elevados al cielo.

No importa que no haya podido verlo consagrarse en el fútbol mundial como el más grande de todos los tiempos. Seguramente esa mujer que convenció al entrenador para que lo dejara jugar con tan sólo cinco años de edad y aquellos partidos en el potrero de Grandoli donde Celia le gritaba “demuestra, Leo, demuestra, demuestra” son la razón más poderosa que tiene para jugar con la selección. A pesar de las derrotas y las puteadas de la prensa, “fracasar” con ese *jersey* albiceleste significa regresar por un instante a esas tardes en las que su abuela lo llevaba de la mano a los entrenamientos. No cabe duda de que por eso, y quizá por las milanesas napolitanas, Celia fue la más importante influencia de Messi, aun cuando falleció antes de que éste cumpliera los doce años de edad. Quizá esta mujer sea la verdadera razón por la cual decidió no jugar con España. Porque seguramente su abuela estaría sentada en las gradas de Argentina, tal y como hacía cuando Leo jugaba en Newell’s Old Boys. No importa que ahí apenas y cupieran cincuenta personas. Ni siquiera cien mil aficionados coreando tu nombre en el Camp Nou puede compararse con el calor que brindan al pecho las porras de tu abuela.

No cabe duda de que quienes amamos el fútbol somos unos sentimentales. Bebemos del abrevadero de la memoria sin empacho. Incluso

el más grande de todos los tiempos. Por algo se casó con su novia de la infancia eludiendo un océano intercontinental, por algo ha declarado varias veces que sueña con regresar a Argentina para retirarse con Newell's Old Boys y por algo juega con la albiceleste. La razón es la de siempre: cierta gente del barrio, las milanesas napolitanas, los alfajores y tres o cuatro calles de Rosario. Si Leo se levantó a pesar de haberle gritado a los cuatro vientos “ya está, para mí la selección se terminó. La peleé mucho, lo intenté, ya son cuatro finales, no pude ganarlas”, fue porque su abuela también le dijo de niño que jamás se debía de rendir. No por la plata ni porque haya que ser alguien en la vida; mucho menos porque tenga que ser el mejor en lo que haga, sino porque patear el balón sólo por patear el balón es algo que siempre valdrá la pena. De eso se trata el fútbol como tantas otras cosas en la vida: de pasearse por las calles del barrio mientras regresas del colegio correteando una lata, de saborear a la hora de la cena la comida de la abuela o de compartir un asado con los amigos mientras contemplas cómo Messi disfruta y sonríe sobre el césped.

En realidad especulo desde el inicio y hablo por hablar, pero al menos estoy seguro de una cosa: Lionel Messi no se arrepiente de volver a vestir la playera de su selección después de cada derrota y posiblemente nunca lo hará. Si lo hace es porque hay cosas más allá de los títulos, la fama y la gloria. Nunca entenderemos a ciencia cierta qué es, pero al menos Messi sabe desde tiempo atrás que no necesariamente debe haber una razón para sonreír. Y por supuesto que nada tiene que ver con el éxito, con ser el máximo goleador de la albiceleste, los colores de una playera o un trozo de metal codiciado por el mundo entero. Quizá gana tantos partidos semana tras semana sólo porque quiere ver sonreír a su familia e imaginar lo mucho que su abuela habría disfrutado de aquellos fugaces momentos. “And what did you want?”, le preguntó Pep la última vez que se encontraron en Manchester. “To call myself beloved, to feel myself beloved on the earth”, pensó Lionel.

Catar, 22 de noviembre de 2022. 

[Nota cuatro años después] De tal modo —dicen por ahí— que ningún mortal debe considerarse feliz con la mira puesta en el último día, hasta que llegue al término de su vida sin haber sufrido nada doloroso. Messi, por ejemplo, al final ganó la Copa del Mundo y yo no pude más que aprender a vivir con eso. Claro que me emocioné hasta el llanto, pero no sabía si reía llorando o lloraba riendo, pues conforme uno crece las emociones se vuelven más sofisticadas. Con la edad aprendemos que una cerveza puede ir más allá del sabor embriagante. Del mismo modo, esta amarga felicidad de haber visto a Messi con tres estrellas en el pecho se vuelve un gusto adquirido. Si sobrevive este texto es porque, siempre lo he dicho, los *fifas* somos unos sentimentales. Estas palabras no son acaso más que el testimonio de mi propio Messi —cada quien tendrá el suyo—; un Messi que hice mío con cada derrota a lo largo de mi juventud; un Messi que me enseñó todo lo que sé sobre *hōganbiki*; un Messi con el que aprendí a apreciar la belleza en la derrota.

Joaquín de la Torre (Ciudad de México, 1991). Obtuvo las residencias artísticas en Montreal por parte del FONCA y del Conseil des arts et des lettres du Québec (2019), la beca de la FLM en Ensayo Creativo (2017-2018) y una Mención Honorífica en el Premio Nacional al Estudiante Universitario “Carlos Fuentes” (2023).



▲ Karla Vázquez, de la serie *Balón robado, territorio en venta*

Bolá, bolá

Dora Luz Herrera Jiménez

*Bolá, bolá, bolá, bolá.
El sábado está anaranjado.
Bolá, bolá, bolá, bolá.
Martín tiene los ojos cerrados.*

Las porras aturden sus oídos y aceleran su ardiente corazón. La emoción ayuda a congelar el tiempo. Los coreanos se intimidan con el tumulto de vítores y silbidos que envuelven a El Porvenir. Los tambores pelean con las matracas. Bolá, bolá, bolá, bolá. La batucada canta al ritmo del balón. Aplausos, porras, gritos y silbidos. Cacerolas, trompetas y bolá, bolá.

La aguda voz de Christian Martinoli acrecienta la intensidad del drama.

—¡La tiene, la tiene! ¡Raúl Jiménez la tiene y queeeeeé, se la pasa, se la lanza a Martín González!

Aumenta la tensión del público, las banderas tricolores oscilan en el aire.

—¡Hernández la tiene, la tiene! ¡Solo! ¡Martín va solo, solo, solo, solo, solo, tiraaaaaaaa! ¡GOLAZO! ¡GOLAZO! ¡GOLAZO INFERNAL! ¡Impresionante! ¡Señoras, señores, con ustedes: el mejor jugador de México! Lo apapachamos, lo acariciamos. ¡La Virgen María juega de este lado, la Virgen juega con nosotros! ¡Por primera vez en la historia, México gana la Copa del Mundo!

Martín siente cómo las lágrimas de sus compañeros se mezclan con su sudor salado cuando lo rodean y lo abrazan con gritos de ovación. Las trompetas se fusionan con el *bomboro, quiñá, quiñá, bomboro, quiñá, quiñá*. Y, de pronto, se ve a sí mismo, danzando alrededor de un trofeo de oro infinito, que se proyecta hacia un cielo que empieza a amarotarse.

—¡Tronco, ¡Carajo, despiértate!

La voz desnivelada del Pelón lo aturde. Otra vez le estropea la madrugada con la invariable orden a la que nunca se acostumbra. Los últimos días han sido los peores: un torbellino de trabajo extenso que le inflama la columna. Desde la semana pasada, cuando mataron al patrón, el trabajo los rebasa. Les toca andar de un lado a otro, saltar como conejos, tachar nombres de listas, buscar desertores, rondar a sus familias.

En ese colapso inminente, Martín siente una angustia asfixiante por los partidos de El Porvenir. Teme, con un profundo nudo en el estómago, que el país siga asustado, que las noticias transmitan a su ciudad en llamas, que a la Federación le espante el bolá, bolá de las armas y que los turistas se acobarden ante una grandiosa experiencia tercermundista que trae cuetes incluidos.

Y, aunque el Zurdo le aseguró que la chamba no repercutiría en el Mundial, Martín se siente culpable. No por los eventos recientes, eso no estuvo en sus manos. Se siente culpable porque él eligió el sitio donde terminarían los restos no cremados: cerca del estadio. No lo hizo con saña, su única intención era pasar por el recinto y apreciar el estadio con forma de volcán, en el que alguna vez le prometió a su madre que jugaría. Ése fue su sueño desde los cinco años, cuando metió un gol por primera vez.

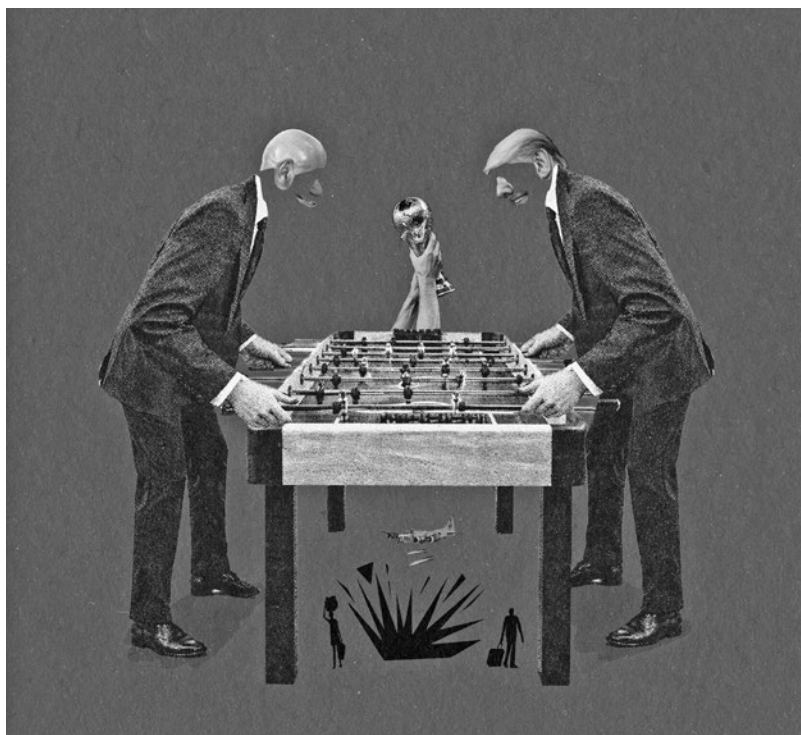
Al encontrar las bolsas, la rabia colectiva reprochó al Gobierno que se hicieran los partidos en un lugar tan peligroso. Y la posibilidad de que cancelaran los juegos del estadio por sus imprudencias le ocasionó un pestilente malestar estomacal que lo tumbó en la cama durante casi medio día, lo que le costó tres patadas en el estómago y una pintada de calzón. Pudieron ser más golpes, pero el Zurdo le quitó el pasamontañas y reparó en su pálido rostro.

Era el mismo rostro que cargaba desde que el presidente mandó a matar al patrón, estando tan próximos los partidos. Especulaba y se le cerraba la garganta, se persignaba y le imploraba a la Virgencita que no dejara que cambiaran la sede. Era su único deseo.

El Pelón nota raro a Martín, pero no le pregunta nada. Martín y el Pelón no son amigos, no son cómplices, no son nada. El uno desconfía del otro. Así funciona ese mundo. No confían ni en sus cabellos. Tal vez por eso el Pelón se rapa. Si Martín se fiara del Pelón, desde hace tiempo habría huido, se habría llevado a su madre y se hubieran pelado para el otro lado. Pero él, nadie más que él, sabe lo que ocurre con los desertores y con sus familias. Por eso se aguanta las ganas. No quiere que el Pelón le rebane la lengua con el cuchillo que se llama “Lamiditas”, ni que calcine la casa de su madre con su madre adentro. El Pelón tampoco quiere que Martín lo haga, por eso él también reprime sus deseos.

Y es que Martín se ve peligroso. Lo es. El Pelón también. Todo aquel que se mete con ellos lo constata. Ni pareciera que, hace apenas cinco años, eran unos chamacos que soñaban con trabajar para salir adelante, en un mundo que ahora les parece inexistente.

Martín no había cumplido los dieciocho cuando dejó la casa de su madre para ir a Lomas Altas, con la esperanza de que lo contrataran en la maquila, juntar dinero, ir a la capital y unirse a la Academia de fútbol



▲ Luis Brock, "Los jugadores", de la serie *Juego sucio*

54

profesional. El Pelón fue al mismo sitio con la esperanza de poner una taquería con su padre. Comparten la misma historia, pero no lo saben, les está prohibido hablar sobre sí mismos. No conocen ni sus nombres.

—Órale, Tronco, apúrale, que nos toca bajar pa'l rancho.

Martín se monta en la Toyota, al tiempo que se acomoda el pasamontañas y retira con su dedo índice los pegajosos rastros de lagañas.

—Hoy nos dicen quién es el nuevo jefe, cabrón, me dijo el Beni.

—Órale, va.

Martín es de pocas palabras. Sabe que es un hombre intangible y, por eso, no requiere personalidad. Pronto podría convertirse en polvo, en el aire que le ensucia los ojos, que se zarandea por las veredas olvidadas por los dichosos e invadidas por el resto. Lo había visto: la semana pasada no eran dos, sino cinco hombres en la camioneta. Ahora faltaban el Chino, el Guapo y el Azteca. Ya eran polvo chamuscado.

El Azteca era el más cabrón y, a la vez, el más buen pedo. Eso último lo repetían todos. Martín fue instruido por él en el rancho, cuando no entendía lo que estaba pasando. El llanto de Martín era el más estridente de entre todos los jóvenes, y el Azteca, después de ordenarle que se callara y no ser obedecido, le aporreó la cabeza con su ametralladora. El silencio fue brusco. Todos se paralizaron, esperando un desplome que nunca ocurrió.

El Azteca fijó sobre él su mirada aniquiladora y con una voz áspera, pregonó:

—Írenlo, este cabrón es un tronco.

Se le acercó hasta tener su nariz encima de su rostro y le dio un consejo agrio.

—No seas pendejo, cabrón. No tengas miedo, ya estás en esto. Aguanta y obedece si quieres seguir viviendo.

Y eso fue lo que hizo Martín desde entonces. Aguantar y obedecer. Tragó saliva cuando le tocó disparar. Se hizo el distraído ante súplicas de auxilio. Soportó golpes, humillaciones, torturas, hambre, sueño. Sobrellevó el asco. Participó, custodió, ejecutó. Se ganó la confianza. Desde entonces no hace más que eso. Aguanta y obedece.

La Toyota vibra con las piedras de la terracería y el Pelón prende el estéreo. Tararea al ritmo del acordeón "El corrido de Juanito", su canción predilecta. Martín juraría que, cuando la pone, salen gotas de sus ojos, y antes de que le pregunte, el Pelón declara que es sudor. A Martín no le importa. No lo cuestiona, a pesar de que le echa una mirada aniquiladora: un arma de defensa ante la constante vulnerabilidad.

Bolá, bolá. Suenan las balas. Es el gatillo de Martín, que sonoriza la contraseña de entrada. Ingresan al rancho y se estacionan junto a las otras camionetas blindadas. Huele a carne quemada, a cabello y a grasa. No entiende cómo es que los otros pueden conversar. Si él habla, el humo se le mete en la boca, a pesar del pasamontañas, y, aunque le sabe dulzón, siente arcadas por la procedencia de la humarada.

Martín camina nervioso de un lado al otro, contando sus pasos, deseando correr alrededor del rancho, invitar a sus compañeros a sacar un balón y corretearlo. Pero sabe que no puede. Sus días de jugar fútbol han terminado. Sigue caminando. Una esperanza. Le importa un carajo quién es el nuevo jefe, ni siquiera va a conocerlo. Sólo quiere saber si respetará la palabra del otro: el mandato de no hacer ningún trabajo durante el Mundial, la promesa de dejarlos ver los partidos de El Porvenir.

Se le cierra la garganta. Le palpita el corazón. No tiene ningún otro anhelo. Ya ni siquiera ambiciona volver con su madre. Ya no es Martín. Es el Tronco. Y el Tronco no tiene madre. Ella jamás podría perdonarle lo que hace para sobrevivir. Su madre lo habría preferido muerto antes de saberlo parte del infierno. De tanto pensar en su madre mejor voltear el rostro.

Ahora su vida gira en torno a los cuatro partidos. No le importa gastar todo en ellos. El dinero crece, su vida no. Y ni siquiera tiene en qué gastar. No le permiten mandárselo a su madre y, desde hace un tiempo, se dio cuenta de que ahorrar para entrar a la liga es tonto. Lo único posible, hasta hace una semana, era estar presente en todos los partidos y, en especial, en ese con el que sueña a diario. El Zurdo le había asegurado que en esos días

55



▲ Luis Brock, "Los jugadores", de la serie *Juego sucio*

no tendrían trabajo, que las actividades estarían suspendidas porque el jefe no quería disturbios: le convenía que los extranjeros gastaran en sus negocios, así lavarían más fácil su dinero.

Desde que lo supo, Martín soñaba despierto. Sentía que él era el partido mismo. Imaginaba que cantaba, pateaba, corría y jugaba, como antes, que volvía a ser feliz.

El Pelón le mira la sonrisa.

—Tronco, sigues soñando, ¿verdad?

—Qué sí, Pelón, el Zurdo me lo dijo. Me dijo que sí podemos ir, ¿no quieres ir conmigo? Vamos, anda, compa, vamos.

—Estás bien wey, Tronco, cómo crees. Si los güeritos son los que más nos compran. Vas a ver que ese día nos ponen a vender. No los conociera...

—Ots, no eches la mala leche, compa. Ya hace falta el descansito. ¡Veremos a la selección! ¡En El Porvenir!

—¿La selección en El Porvenir? —interrumpe el Zurdo, que llegó al patio, como siempre, hecho sombra—. Ay, Tronquito, JAJAJA.

Cuando el Zurdo termina de exhibir sus dientes dorados, avienta a sus pies una bolsa negra. Al chocar contra el asfalto, la bolsa se rompe y ruedan unas cuantas cabezas. Martín no emite ni un sonido, se queda mirando, pasmado, al piso, a los rostros.

—¿Qué no has visto las noticias, pendejo? Cancelaron los partidos.

Silencio. Martín está pasmado. No reacciona. No cree lo que dice el Zurdo.

El Pelón se compadece de su semblante y hace las preguntas por él.

—¿Y ora, Zurdo? No me digas que es por la muerte del patrón o por los desmadres que hicimos... no me digas que es por eso de la inseguridad; inseguro siempre ha sido, pues.

—N'ombre, plebe, cómo crees. Lo que pasa aquí no importa. Es por la guerra, ¿qué no oyen las noticias? Ni porque les dejamos las bocinas...

El Zurdo les indica que lo acompañen a su troca. Pone la estación cinco, que sigue informando detalles sobre la muerte del patrón. Entonces sumerge su dedo gordo en la emisora ocho, donde hablan sobre bombardeos en el Medio Oriente, ataques aéreos, caos, muerte, sangre. Algo a lo que ellos están más que acostumbrados.

—Ora, eso qué, Zurdo, eso cuándo ha importado. Una cosa es la guerra y otra cosa es el futbol —sentencia Martín, al tiempo en que la locutora suspira, después de afirmar que están muriendo muchos héroes.

A Martín se le traba la mandíbula y se le incendia el pecho. Los comentaristas discuten si el presidente es héroe o villano, si merece el Nobel o la destitución. A Martín eso le importa un carajo.


—Puras pendejadas. Cómo se les ocurre hacer esas mamadas a meses del Mundial.

Martín piensa que las guerras son partidos jugados con misiles. Si las balas aciertan, cuentan como gol. Después de cinco años, de veintitrés, Martín lo entiende: se puede jugar futbol de muchas formas.

Sale de la troca. Camina hasta llegar a las cabezas que decoran el asfalto. Acomoda la más redonda en la punta de su botín.

Retrocede tres pasos. Mide su distancia. Sonríe. Chuta.

—Bolá, bolá.

La cabeza se incrusta en el centro de la barda. Genera un ruido hueco. Gol. 

Dora Luz Herrera Jiménez (Naolinco de Victoria, 2000). Estudió Lengua y Literaturas Hispánicas en la UNAM, donde cursa el Diplomado de Escritura Creativa. Es autora de *Fémica: Memorias que el tiempo no ha borrado* (2024) y es parte de las antologías *Voces del Totonacapan* (2023), *Lágrimas espectrales* (2024), *Cuando duele el amor* (2025) y *Voces del futuro* (2026).

La pelota es el pretexto

Luis Fernando Rangel



▶ Mariana Hernández, *Dime quién*

1

Cuando pienso en los romanos y su máxima “mente sana en cuerpo sano”, me pregunto si habrán pensado en una pelota. Perseguir un balón quizá no parece atractivo a primera vista, pero el enfrentamiento que simula la guerra, sí. El equilibrio mente-cuerpo se refleja en la estrategia y la lucha del guerrero que busca vencer al otro. La pelota simplemente es el pretexto.

Ya muchos pensadores han abordado las posibilidades del fútbol desde diferentes trincheras. Para algunos representa la guerra; para otros, la identidad. Años antes de que los romanos pensarán en el equilibrio, los pobladores de Mesoamérica ya habían decidido que la pelota y la guerra eran una buena combinación, por eso, en los recuerdos de nuestros antepasados nos encontramos con templos, pelotas de hule y cabezas rodando en el campo de juego o de batalla.

También las cuestiones éticas y morales se reflejan en la cancha, el templo del fútbol. Aunque si bien no todos congeniamos con el árbitro, depositamos en él nuestras esperanzas para mediar las pasiones de los jugadores que, en un arrebató de ira, prefieren escapar de las reglas y patear al contrincante. Algunos, como Zinedine Zidane, dejan atrás su legado futbolístico para pasar del juego a la guerra. La final del Mundial de 2006 en Alemania, disputada entre Francia e Italia, quedó marcada por aquel cabezazo que el francés le propinó en el pecho a Marco Materazzi. Ese partido era la despedida del balompié para Zidane, la gran estrella francesa, que anotó un gol al inicio del partido, cuando al séptimo minuto cobró un penal, pero no bastó para el triunfo de los galos, porque unos minutos después los italianos igualaron el marcador. Sin embargo, fue suficiente para que Zidane se llevara el balón de oro, aunque no pudo regresar a la cancha para recogerlo tras su expulsión en el tiempo extra.

Me gustaría pensar que aquella escena del fútbol fue un vestigio del antiguo juego de pelota —como cada falta que derriba al oponente—, una manera de recordar los sacrificios y los ciclos de la vida, de tener la certeza de que todo juego es un ensayo de la guerra. De esta manera, mientras unos encuentran que el gol es una obra de arte y el partido de fútbol es un ritual, para otros queda recordar a Aristóteles y la catarsis, a la par que sueltan el llanto y piensan en la madre del árbitro tras cada fallo ante una jugada.

2

El “No era penal” es una de las tragedias futbolísticas más relevantes de los últimos tiempos en México, un lamento que quedó marcado en la

memoria mundialista, reafirmando la identidad nacional desde la unión. Durante el Mundial de 2014 en Brasil, mientras se jugaba el tiempo extra en el partido de octavos de final para pasar al tan esperado quinto partido —al que México siempre busca llegar como si se tratase de la final—, sucedió uno de esos momentos inolvidables. México disputaba el partido contra Países Bajos. El marcador señalaba un empate de tan sólo una anotación para cada país. Era el primer minuto del tiempo extra cuando Arjen Robben ingresó al área con la pelota, Rafael Márquez buscó la defensa al lanzarse sobre el balón, pero encontró el pie del neerlandés, quien exageró la caída para llamar la atención del árbitro. Robben, durante esos segundos, pasó de ser futbolista a convertirse en clavalista profesional. El juez, sin pensarlo, señaló la falta y marcó el tiro penal. Klaas-Jan Huntelaar fue el encargado de ejecutar la pena máxima y anotar el gol que condenó a la selección mexicana. Ya el Batuta Vidali, un entrenador de fútbol encarnado por Guillermo Francella en la película *Rudo y Cursi*, había sentenciado que “penalti significa castigo: el castigo suele ser sólo para uno, para el que falla; el que acierta se cubre de gloria”. Huntelaar le dio el paso a cuartos de final a los neerlandeses y Guillermo Ochoa recibió las mentadas de madre que anteriormente le dedicaron al árbitro.

Sin duda, el fútbol es una religión, no por nada figuras como la de Maradona se han consagrado como santos populares. El Batuta Vidali afirma “qué fácil sería si al nacer uno pudiera identificar la diferencia entre pasión y talento: es la misma diferencia que existe entre un hinchas y un *crack*; entre adorar y ser adorado”. En 1998 se fundó en Argentina la iglesia maradoniana a manos de los seguidores del astro albiceleste. Su defensa de la fe es insuperable: si se les pregunta cuál es la diferencia entre los católicos y los maradonianos, responden con una felicidad definitiva que por lo menos ellos tienen la certeza de que Maradona existió. Con la misma pasión que el deporte genera, Juan Villoro le respondió con una excelente jugada a Nietzsche. Si el filósofo alemán proclamó la muerte de Dios, el polígrafo mexicano respondió que no ha muerto, existe y es redondo. Tal vez los sabios que pensaban en el movimiento de la Tierra en realidad tenían los ojos fijos en una pelota.

3

El domingo 22 de junio de 1986 se jugó en el Estadio Azteca el partido de cuartos de final del Mundial de fútbol en México. Argentina se enfrentó a Inglaterra en búsqueda de la revancha: cuatro años antes se enfrentaron en el campo de batalla en la terrible guerra de las Malvinas. Argentina perdió el combate ante uno de los últimos y más importantes rastros del

imperialismo europeo en Latinoamérica, y las relaciones diplomáticas entre ambos países cesaron. Sin embargo, aquel domingo se verían las caras en otro campo de batalla.

La guerra de las Malvinas es un pasaje triste en la historia. Estas islas, ubicadas cerca de las costas argentinas, son un territorio perteneciente a la corona británica. En 1982, con un movimiento militar, Argentina pretendía tomar las islas para recuperarlas. Sin embargo, los soldados que regresaron de aquella incursión cargaban auestas la derrota y los estragos de la guerra: sin piernas o sin brazos, se lamentaban con rencor por habitar ese país. No por nada en “La casa desaparecida”, Fito Páez cantaría: “que la guerra está perdida / y de esto ya hace tiempo / y esto todos lo sabemos, / ¿qué le vamos a hacer?”. La única esperanza estaba depositada en el fútbol. Si su ejército había fracasado, la selección no lo haría. Sobre todo porque tenía al mejor jugador del mundo: Diego Armando Maradona. La selección argentina tenía todo para levantar la copa, conquistar la gloria y darle a los argentinos la felicidad que se merecían. Era una venganza justa.

El partido arrancó, como dice Andrés Burgo, “con una jugada que nadie recuerda”. ¿Qué no así comienza la vida siempre? Esa tarde sucedió algo realmente maravilloso. El primer gol es impresionante por su cinismo y su grandilocuencia: Diego, brincando junto con el portero, levanta la mano para llevarla al rostro y empuja la pelota para anotar el primer gol del partido. La afición estalla entre la alegría y el coraje. Mientras los argentinos se desgarran la garganta gritando el gol, los ingleses maldicen a los pibes. La escena es tan hermosa que pareciera que sigue ahí, como dice Osvaldo Picardo, mantenida en el aire, suspendida en el tiempo, como “un músculo contraído por la guerra y la derrota”. Los ingleses le reclaman al árbitro la falta, pero a Diego no le importa porque está jugando bajo la misma dinámica que los conquistadores. Pareciera que la respuesta es que si los ingleses robaron las islas, qué más da que los argentinos roben un gol.

Apenas cuatro minutos después ocurrió otra escena que quedó grabada para siempre en la historia del fútbol. El escritor mexicano José Eugenio Sánchez, en su poema “Los últimos 45 metros”, recrea la impresionante carrera de Maradona controlando el balón para anotar uno de los mejores goles de todos los tiempos. Valiéndose de la página en blanco como una cancha, y trazando palabra a palabra cómo la pelota rueda, el poeta dibuja el recorrido del jugador argentino que dribló a medio equipo inglés para terminar con un gol maravilloso.

Además, en la misma dinámica de la carrera que se torna una escena impresionante, narrarla es también una jugada igual de vertiginosa. La narración que hizo Víctor Hugo Morales, el periodista uruguayo radicado

en Argentina, es una de las más memorables y retrata como ninguna otra el maravilloso gol del siglo; en ella escuchamos la emoción desbordada ante una jugada sin comparación y que aseguró la copa del mundo. Es el gol del siglo y sin duda se tiene que narrar como tal:

Ahí la tiene Maradona, lo marcan dos; pisa la pelota, Maradona, arranca por la derecha el genio del fútbol mundial, y deja al tercero y va a tocar para Burruchaga. ¡Siempre Maradona! ¡Genio, genio, genio! ¡Ta, ta, ta, ta, ta! ¡Gooooooooo! ¡Gooooooooo! ¡Quiero llorar! ¡Dios Santo, viva el fútbol! ¡Golazooooooooo! ¡Diegooooo! ¡Maradona! ¡Es para llorar, perdónenme! ¡Maradona, en una corrida memorable, en la jugada de todos los tiempos! ¡¡¡Barrilete cósmico!!! ¡¿De qué planeta viniste para dejar en el camino a tanto inglés, para que el país sea un puño apretado gritando por Argentina?! Argentina 2. Inglaterra 0. ¡Diegol, Diegoooooo!, Diego Armando Maradona! Gracias, Dios, por el fútbol, por Maradona, por estas lágrimas, por este Argentina 2, Inglaterra 0.



▲ Mariana Hernández, *Káiser*

Inglaterra anotaría un gol sólo para no despedirse con el terrible cero de la indiferencia. Era una revancha ante el primer gol, el robado. Sin duda la gloria esa noche fue para Argentina y para Diego Armando Maradona, que se llevó el balón de oro. Finalmente, como dice Osvaldo Picardo: “Después fue otro día, apenas salió el sol / y se habló de la trampa y hasta de dios”.

4

El gol, dice Martín Caparrós, “ese rayo de explosión y regocijo, se ha transformado en un momento de la duda, y es horrible”. Tiene razón, definir el resultado de un partido en una tanda de penales, en la tensión máxima, es atroz. Tras un empate, Argentina y Países Bajos disputaron el pase a semifinales en un mano a mano de tiros desde el punto penal en el Mundial de 2022 en Catar. Aquel partido es conocido como la Batalla de Lusail. El enfrentamiento fue feroz, una lluvia de tarjetas de amonestación y de expulsión —dieciocho amarillas y una roja— lo convirtió en récord mundialista. La rivalidad de estos equipos se venía cultivando desde varias décadas atrás. Los argentinos y los neerlandeses se enfrentaron durante la final del Mundial de 1978 en Argentina, donde la selección albiceleste se coronó con su primer campeonato, en casa, acompañada de Gauchito —la mascota oficial— y del Adidas Tango —balón que hizo su aparición para aquella edición—. Argentina, por un momento, concentró las miradas de los mexicanos que buscaban venganza por el penal que los neerlandeses anotaron para condenar a la selección tricolor.

El primer gol de aquel encuentro corrió por cuenta de Nahuel Molina, tras una asistencia de Lionel Messi, que se filtró entre media docena de jugadores neerlandeses. Rumbo al final del primer tiempo, los ánimos se comenzaron a calentar, provocando la primera tanda de amonestaciones. Para el segundo tiempo, con la tensión en cada jugador, vino el segundo gol argentino en un penal cobrado por Messi, heredero de Maradona. La selección de Países Bajos comenzó a presionar y en el minuto ochenta y tres, Wout Weghorst, quien había sido amonestado en la banca durante el primer tiempo por los enfrentamientos que se suscitaron, anotó un gol de cabeza. Ya para entonces el árbitro había separado en varias ocasiones a los jugadores en conflictos que amenazaban con escalar en una disputa mayor. Pero lo inevitable sucedió: tras una falta de Leandro Paredes sobre Nathan Aké, el argentino pateó la pelota al banquillo neerlandés, por lo que los jugadores invadieron la cancha y comenzó una disputa entre ambas escuadras.

Tras frenar este conflicto, el árbitro español Antonio Mateu Lahoz añadió diez minutos al juego. Cuando el partido estaba por finalizar,

en el último minuto, se cobró un tiro libre que se filtró entre la defensa argentina, para que Weghorst realizara la segunda anotación. Ya para el tiempo extra la situación era insostenible, con acercamientos peligrosos al área por parte de ambos equipos, y con un juego precavido para evitar otra tarjeta que derivara en una expulsión. Así, el partido se fue a penales y el neerlandés Dumfries fue expulsado durante esta disputa mano a mano tras una confrontación con los jugadores y el árbitro. El Dibu Martínez, arquero argentino, atajó dos tiros al arco, lo que permitió que Argentina ganara el encuentro.

Sin duda alguna, el partido fue complicado. El narrador estaba al borde del llanto cuando dieron el silbatazo final. “¿Qué te hemos hecho, Dios, para que en la victoria suframos tanto? Pero ya está. Ganamos. ¿De qué otra forma podría ser? El destino no lo escribimos nosotros, el destino lo escribe Dios. Y no está demás recordarles que Maradona está a la derecha del Padre”, sentenció el cronista deportivo, satisfecho. Se trataba de su oportunidad para volver a levantar la copa del mundo después de treinta y seis años. Tras el partido, mientras un medio de comunicación entrevistaba a Messi, Weghorst se acercó, lo que provocó una viral respuesta por parte del delantero argentino: “¿Qué mirás, bobo? ¿Qué mirás, bobo? Andá, andá pa’ allá, bobo. Andá pa’ allá”, condenó, con la mirada fulminante.

En semifinales, Argentina venció al equipo croata con tres anotaciones a cero. En la final, se enfrentó contra Francia y salió victoriosa, con una revancha ante la historia para refrendar su campeonato como en el Mundial de México en 1986. En este partido, el francés Kylian Mbappé se lució con un triplete —algo que no sucedía desde el Mundial de Inglaterra en 1966—, mientras que las tres anotaciones argentinas fueron por parte de Messi —con dos tantos— y Ángel Di María. Otra figura que sobresalió fue la del Dibu Martínez, quien realizó una atajada maravillosa, cuando se encontraba frente a frente con Kolo Muani, lo que sumado a su desempeño en el partido ante Países Bajos le valió el guante de oro, aunque su lamentable celebración levantó muchos cuestionamientos. Mbappé, por su parte, se llevó la bota de oro como máximo anotador del torneo. De nueva cuenta, el partido se resolvió en penales. La tensión fue digna de una final mundialista. En ese partido no hubo mano de Dios, goles memorables ni cabezazos. Lionel Messi levantó la copa y se llevó su segundo balón de oro. Francia no logró levantar, de manera consecutiva —tras coronarse en el Mundial de 2018 en Rusia—, la copa mundialista.

Tristemente, al Mundial de 2022 lo empañó una serie de polémicas. Primero, Catar es un país sin cultura futbolera, y en 2013, la revista *France Football* dio a conocer información sobre irregularidades al interior de

la FIFA para que Catar se hiciera con la sede. Además, es un país con un historial de represión y violación de derechos humanos, y durante el Mundial se prohibió cualquier expresión de apoyo a la comunidad LGBTQ+. También fueron denunciadas las condiciones laborales de trabajadores migrantes que participaron en la construcción de los estadios —demostrando su nula tradición futbolística— y la muerte de diez mil trabajadores.

5

Dicen que el primer gol de la historia fue cuando un soldado pateó con rabia la cabeza degollada de un enemigo caído.

También dicen que las peores batallas se han dado entre hermanos:
Caín mató a Abel;
Etéocles y Polinices
acabaron el uno con el otro;
Rómulo asesinó a Remo para fundar un imperio sobre las ruinas de su sangre.

Por esa razón, Beto y el Tato Verducco pelearon a muerte por el amor a la camiseta como una forma de pelear por el amor a la madre.

Al menos así lo sentencia el actor argentino Guillermo Francella en la película *Rudo y Cursi*.

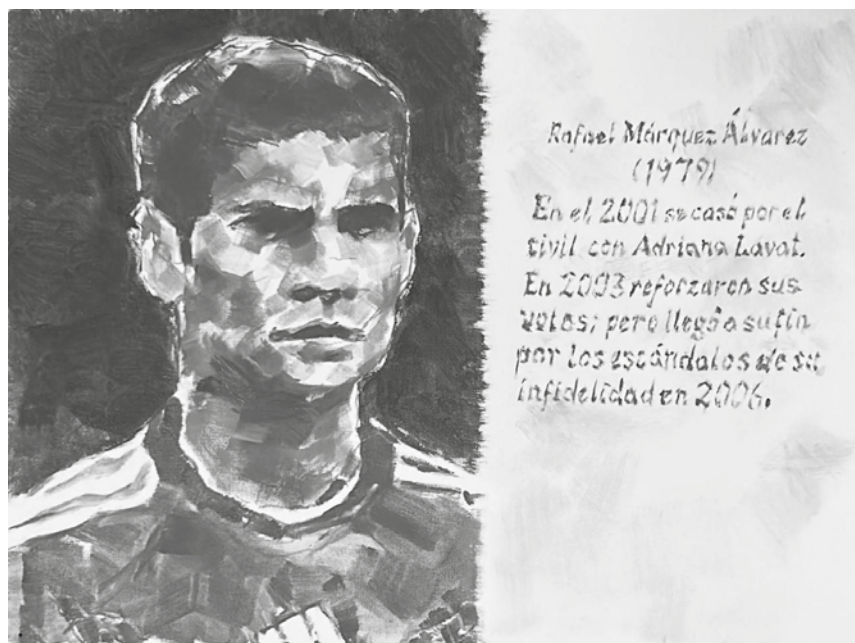
Debe ser terrible, dice el Batuta Vidali cuando narra la historia del primer gol.

Terrible para el arquero,
sentencia quien le contó,
pero para el delantero fue la gloria.

La imagen es, por sí misma, atroz:
toda guerra es cruel y sin embargo
todo juego es un simulacro de guerra.

6

El Mundial de 2026 empezará en un momento complicado en la agenda global. México, Canadá y Estados Unidos serán la sede en medio de crisis de violencia y represión, así como tensiones diplomáticas. Pero, al menos, pensemos que ahora las canchas mexicanas esperan, por tercera ocasión, la pasión que genera el fútbol, las jugadas maravillosas y los actos no tan ejemplares pero que quedan para siempre en la memoria. Ojalá lleguemos al quinto partido. Ojalá existieran más torneos de fútbol y menos guerras. [▶](#)



Rafael Márquez Álvarez
(1979)
En el 2001 se casó por el
civil con Adriana Lavat.
En 2003 reforzaron sus
votos; pero llegó a sufrir
por los escándalos de su
infidelidad en 2006.

▲ Mariana Hernández, Carta a mi papá N° 7

Luis Fernando Rangel (Chihuahua, 1995). Escritor y editor. *Arquitectura hostil* (2025) es su libro más reciente. Ganó el Premio Internacional de Poesía Nueva York Poetry Press y el Premio Nacional de Poesía Germán List Arzubide. Actualmente cursa la maestría en Estudios de Literatura Mexicana en la UDG.

66

Fuera de lugar

Del Archivo

68 *Dios es redondo y trae Mundial: entrevista con Juan Villoro*
Arturo Molina

Tesouro

71 *VAR*
Fernando Oliveroz

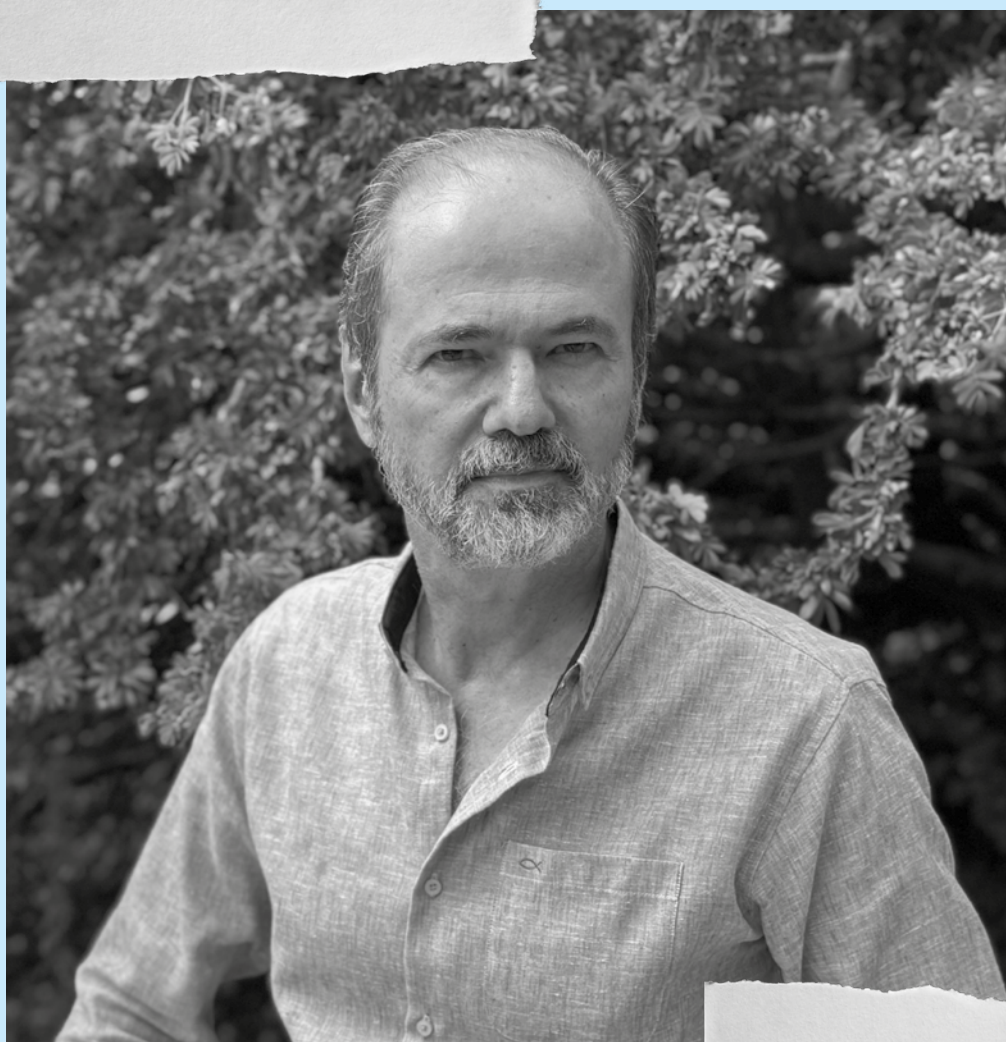
Reseñas

79 *El "puto" mexicano*
Luisa Ivette Ortiz Ramos

82 *Despelote. Nuestra relación con la historia y el fútbol*
Axel Alonso

Dios es redondo y trae Mundial: entrevista con Juan Villoro

Arturo Molina



Fotografía: Sofía Cirivas

“Los grandes momentos reclaman palabras. Nadie sobrevive en silencio a una tragedia y nadie se queda callado ante un gol que importe”, escribió Juan Villoro en Balón dividido. Dice, además, que vemos partidos y escribimos de fútbol para recuperar la infancia, esa que nos asignamos, no la que en verdad vivimos. Si se le pregunta, afirma, no sin un pequeño ápice de duda, que el mejor gol de los mundiales, uno que vio en vivo y a todo color, fue el que Maradona le marcó a Inglaterra en ese partido mítico, donde se llevó a la mitad del equipo, incluyendo al portero, desde la media cancha.

Al otro lado de la pantalla, en una reunión virtual, Juan Villoro muestra la calma que le he visto en cualquier entrevista, conferencia o presentación, la del hombre que parece sentirse cómodo en toda situación, acaso con esa seguridad que da cargar una enciclopedia incommensurable detrás y listo para invertir papeles y convertirse, a ratos, en entrevistador.

Una vez que termina de hacerme preguntas generales sobre el lugar desde donde le realizo la entrevista, nos adentramos en los temas que nos reúnen: Punto de partida, el fútbol y los mundiales.

¿Qué significa Punto de partida para ti?

Fue —y es— un foro esencial para los jóvenes escritores, su nombre precisamente indicaba que era el sitio para empezar. Yo conocí el proyecto a través de sus talleres, tenía quince años cuando vi un anuncio en el periódico *Excelsior*, que entonces era el mejor de México, dirigido por Julio Scherer García. Ahí vi que se estaba promoviendo un taller coordinado por Augusto Monterroso —y además gratuito— en el piso 10 de la Torre de Rectoría, cuando no tenían oficinas propias. Por eso, cuando terminaba la jornada burocrática, se vaciaban todos los escritorios y solamente uno quedaba encendido con la luz allá arriba.

Lo primero que supe fue que Augusto Monterroso ya no coordinaba el taller. Su lugar lo había ocupado Miguel Donoso Pareja, autor ecuatoriano y también, como Monterroso, exiliado en México. Es mucho lo que le debemos a los escritores e intelectuales que tuvieron que huir de las dictaduras latinoamericanas; especialmente para mi generación fueron decisivos, yo estuve en este taller cuatro años. Ahí conocí a Mario Santiago Papasquiaro, que por entonces todavía se hacía llamar José Alfredo Zendejas, y a Roberto Bolaño, que aparecieron en *Los detectives salvajes* como Ulises Lima y Arturo Belano. En esa novela Roberto Bolaño alude al taller que sesionaba los martes, el de poesía, dirigido por Juan Bañuelos.

Cuando me recibieron en el taller, a pesar de mi juventud, Miguel Donoso me preguntó cuántos cuentos había escrito. Yo era muy ingenuo, tenía solamente un cuento escrito y para hacerme el muy prolífico le dije que dos, entonces me pidió que llevara ambos la siguiente

sesión y me puse de inmediato a escribir un segundo cuento, malísimo, que quería tener un gran compromiso político. Trataba sobre mine-ros que estaban subyugados, y evidentemente no conocía para nada las circunstancias del tema. A él le pareció que era el primer cuento que había escrito porque se notaba la falta de oficio, así que trabajamos el otro que sí había escrito antes.

En el prólogo de la antología de cuentos *Los nombres de las cosas que allí había*, de Antonio Skármeta, dices que conociste a Bolaño en la premiación de un concurso de Punto de Partida.

Participé dos veces, en 1973 y 1975, en ambas quedé en segundo lugar, nunca logré el primero. Me parece que en la segunda, la de 1975, fue que conocí a Roberto Bolaño porque uno de los jurados de cuento había sido el escritor chileno Poli Délano, otro exiliado al que le debemos mucho. Yo estaba hablando con él cuando de pronto llegó Bolaño, también chileno, charlamos y nos volvimos amigos hasta su muerte en el 2003.

Para mí, *Punto de partida* significó primero el aprendizaje en el taller, los amigos que hice ahí, compañeros de escritura, por decir algunos, Carlos Chimal, Jaime Avilés, los propios Mario Santiago Papasquiaro y Bolaño; o también a quienes conocí después de haber publicado en la revista, y que no estuvieron en el taller, como Evodio Escalante y José Joaquín Blanco. Mi hermana Carmen también ganó, no recuerdo si segundo o tercer lugar, en viñeta. Es una revista que está muy asociada a mis inicios, también debo decir que la primera vez que publiqué en libro fue en las Ediciones de Punto de Partida, porque cada cierto tiempo se hacían antologías con algunos de los escritores jóvenes de la época. Todos mis inicios, mis orígenes, tienen que ver con este proyecto.

Concluye diciéndome que su historia en el taller terminó cuando Miguel Donoso Pareja lo corrió. Las razones que le dio fueron comprensibles: debía introyectar la crítica, no podía seguir llevando sus textos para que alguien más los revisara, porque eso genera un estado de comodidad del que muchas veces no se puede salir. Él entendió las razones y tras finalizar aquella última sesión, en vez de bajarse por el elevador desde el décimo piso de Rectoría, quiso bajar por las escaleras, quizá para demorar su salida del taller; no se quería ir. “Y tal vez ahora seguiría ahí, si no me hubieran echado a tiempo”, remata.



Entrando en materia futbolera: ¿cuál es alguna de las más grandes enseñanzas que te ha dejado el fútbol?

Me ha dejado enseñanzas personales, más que literarias: el respeto al contrario, por ejemplo. El saber que los adversarios pueden ser mejores que tú y que incluso los puedes admirar aunque sean adversarios. Yo creo que los grandes futbolistas de la historia han destacado no sólo por lo que ellos han hecho en el campo, sino porque han convertido a sus compañeros en mejores futbolistas. El ejemplo supremo es, por supuesto, Maradona en México 86. Nosotros podríamos haber sido campeones si hubiéramos tenido a Maradona, porque nuestra selección era bastante competitiva, pero nos faltaba ese salto de calidad. Y la selección argentina no era particularmente buena, pero Maradona hacía creer a sus compañeros que eran muy superiores a lo que realmente podían hacer. Esa intoxicación del talento generaba resultados extraordinarios, porque dentro de la cancha era la persona más humilde y solidaria, y eso es muy importante.

Miguel Donoso solía llegar al taller con los libros que iba leyendo en el camión, pero también llevaba siempre un ejemplar del *Esto*, el periódico deportivo más leído de México en ese momento. A mí me sorprendió que un intelectual llevara un periódico deportivo; él me quitó el complejo de pensar que el deporte pertenecía al populacho y que no se podía hablar de él. Una de las lecciones que aprendí en ese taller es que la cultura popular forma parte esencial de la llamada “alta cultura”, que la música de tango, danzón, rock o cumbia puede formar parte del repertorio emocional de nuestros personajes.

¿Qué piensas acerca de la derrota y nuestra relación con ella? ¿Crees que el mexicano tiene un estrecho vínculo con ella?

A los mexicanos no nos queda más remedio que conformarnos con lo que sucede, porque si hiciéramos depender nuestras emociones del marcador, tendríamos que ser masoquistas. México es uno de los cinco países que más veces ha participado en los Mundiales, los otros cuatro son Brasil, Alemania, Italia y Argentina, que han sido varias veces campeones del mundo; entonces no tenemos mucho de qué presumir, pero nuestra afición es extraordinaria. Yo he escrito que si hubiera un Mundial de públicos, México podría llegar a la final, por la algarabía que causamos, por el entusiasmo que mostramos. Y estoy convencido de que en México, la afición hace más esfuerzo que los jugadores.

Lo importante es el hecho de estar juntos, poder congregarnos, eso es absolutamente esencial. El filósofo Jorge Portilla escribió un ensayo maravilloso, *Fenomenología del relajo*, en donde explica perfectamente



la dinámica de las fiestas y las ceremonias mexicanas. Normalmente hay un pretexto que puede ser cívico, religioso o familiar donde se congrega la gente, pero una vez que ya todos estamos reunidos, la dinámica de la fiesta se independiza y su origen importa muy poco. Es algo que vemos en el día del grito, que no es una fiesta patrioterica o patriótica, sino una fiesta de nosotros mismos, con un pretexto histórico que nos puede importar más o menos. Quiero decir, no estamos ahí para pedir la recuperación de Texas, no estamos haciendo una reivindicación política, no. Lo mismo sucede con la Virgen de Guadalupe, tal vez no somos muy religiosos, pero armamos una fiesta increíble; o las posadas, que tienen un pretexto religioso y se convierten en otra cosa.

El futbol es eso, un pretexto que tenemos para estar juntos, para congregarnos, para disfrutarlos como afición. Y si acaso la Selección gana, pues qué mejor, aunque normalmente no lo haga. Por eso nuestro grito de guerra en las tribunas es “¡Sí se puede!”; ésa es la demostración empírica de que normalmente no se ha podido.

¿Qué relación observas del público mexicano con su futbol local, frente al europeo?

Te permite una asociación emocional que no puedes tener con el futbol internacional. Todas las naciones siguen teniendo ídolos locales y querencias por ciertos equipos y no por otros, independientemente de los resultados; hay escuadras que nunca han sido campeonas y que sin embargo tienen muchos seguidores. En *Los once de la tribu* escribí que los futbolistas, cuando saludan en el círculo central, para nosotros representan algo más que atletas, algo más que deportistas, algo que los trasciende.

La problemática del nivel en el futbol mexicano viene en parte por la corrupción que hay al interior de la Federación, además de que es un éxito mercantil, tan grande que desgraciadamente perjudica la calidad deportiva en aras del negocio fácil. Entonces, como aficionado, necesitas una capacidad de autoengaño grande para aceptar lo que ocurre en el futbol mexicano, con las camisetas infamadas por ocho anuncios diferentes, la interrupción de la transmisión en televisión para te ofrezcan un colchón y un osito rebotando en él que te diga “qué golazo”; todo el tiempo es una comercialización del juego.

Como el caso del Tecatito Corona. Su apellido era el nombre de una cerveza contraria a la que patrocinaba su equipo, así que para que su nombre no promocionara otra marca, tuvieron que inventarle el apodo de Tecatito. Cuando un futbolista ni siquiera tiene derecho a su nombre, te puedes imaginar el margen de libertad que hay.

Entonces, si eres mínimamente consciente de lo que pasa en el futbol, no puedes pasar por alto esta organización tan mafiosa del juego y, por otra parte, tan exitosa para quienes ganan el dinero.

¿La corrupción es síntoma de la sociedad?

Por supuesto, de la impunidad que campea en tantas cosas en México y a nivel mundial; el deporte se ha convertido en un pretexto para hacer negocios sucios con cara amable. Porque en teoría el deporte es algo necesariamente positivo, pero si tú ves a los jefes que ha habido en el Comité Olímpico Internacional, en el Consejo Mundial de Boxeo o en la FIFA, te das cuenta de que son auténticos caudillos que duran diez, quince o más años en el puesto, y son instituciones que teóricamente no tienen ningún principio comercial y sin embargo amasan fortunas extraordinarias.

Donde ha habido corrupción muy flagrante es para el mundial de 2026. La investigación que hizo el FBI en 2015 reveló que las sedes de Moscú y Catar habían sido compradas con sobornos. Desde ese momento supimos que el siguiente mundial iba a ser dado a Estados Unidos porque ellos habían hecho esa investigación, y porque fueron el principal afectado en las decisiones anteriores. Como se trataba de una operación tan evidente buscaron disfrazarlo con un mundial de toda América del Norte, pero México y Canadá son simples comparsas que tienen muchos menos partidos que Estados Unidos. El hecho de que México se preste a ser una comparsa, habiendo organizado dos de los mejores mundiales de la historia, es lamentable. La corrupción es universal, cambia solamente en dónde y cómo la puedan ejercer.

Cada acto deportivo internacional se da en un contexto geopolítico específico. ¿En qué contexto llega el Mundial de 2026?

El futbol siempre tiene resonancias con lo que pasa en la realidad. En México, en el Mundial de 1986, hubo una rechifla al presidente Miguel de la Madrid, y yo escribí que esa rechifla estaba hecha por el Partido del Temblor, es decir, por una serie de miembros de la sociedad civil que habían visto con indignación la muy deficiente conducta del presidente Miguel de la Madrid durante el terremoto del 85, todos aquellos que fuimos brigadistas. Ahí, en el Estadio Azteca, ocurrió el primer



plebiscito contra el PRI. En la Ciudad de México, a partir de ese momento, el PRI no volvió a ganar una sola elección, podrá ganar una que otra alcaldía, pero nada más.

¿Y en cuanto a lo futbolístico, cómo llega México?

No hay material humano para que Javier Aguirre consiga algo, él no es san Martín de Porres, no puede inventar un equipo que no tiene y claramente es un equipo condenado, si no a un fracaso estrepitoso, por lo menos a no trascender.

A mí me gustaría que nuestra selección jugara como Marruecos, como Egipto o como Senegal; es decir, no como las potencias tradicionales, sino como estos equipos emergentes que están haciendo un buen papel, que tienen buenos jugadores y que se han sobrepuesto a muchas dificultades, logrando cosas importantes. Ojalá pudiéramos jugar como ellos, pero somos muy inferiores todavía.

Específicamente del fútbol, ¿qué te conmueve?

Muchas cosas, el fútbol tiene que ver con posibilidades extraordinarias. Como por ejemplo el “pase al hueco”, esta jugada significa que alguien pasa el balón a un espacio, no en donde un jugador se encuentra, sino adonde puede llegar. Es decir, habla de las posibilidades humanas: no te están mandando un balón porque tú ya hayas llegado a un sitio, sino porque confían en que lo harás. Tan sólo esa jugada habla espectacularmente de la condición humana, la posibilidad de mandar un mensaje para que otro sea capaz de atraparlo y de hacerlo válido.

Y así sucesivamente, cada jugada puede darnos enseñanzas humanas muy importantes, el solo hecho de que el fútbol se juegue con los pies hace que se revierta la historia completa de nuestra especie, una que le dio mucha importancia a los pies en su origen, de cuando éramos antropoides subiéndonos a los árboles. El desarrollo humano es el desarrollo de la mano, el ojo y el cerebro, y sin embargo hay esta parte primitiva, atávica, que de pronto se vuelve importante, es el regreso al origen de la civilización: eso también es muy conmovedor.

Antes de pasar a las preguntas de muerte súbita, hablamos de las selecciones de repuesto, que son aquellas que tienen aficionados de países como México, es decir, a las que apoyamos y que tienen posibilidades reales de levantar la copa. Ambos coincidimos en que Argentina es la nuestra. Y es que como dice el psicoanalista argentino Luciano Lutereau: “a veces se habla del amor a la camiseta, pero el amor más grande, es el amor al juego”.

Preguntas de muerte súbita

¿Ver un partido como periodista o como aficionado?

Como aficionado, siempre.

¿Gol calvo o gol de tijera?

De tijera.

¿Tiempos extras o gol de oro?

Tiempos extras.

¿Muerte súbita o gol de último minuto?

Gol de último minuto.

¿Tu selección de respaldo?

Argentina.

¿Siempre o para este mundial?

Desde Maradona. A Argentina le tengo una debilidad grande.

¿Gol favorito de los mundiales?

El de Diego contra Inglaterra en el que burló a media selección inglesa. Es insuperable... además contra Inglaterra, después de la guerra de las Malvinas. Ese partido tuvo un componente histórico muy fuerte. [D](#)

Arturo Molina (Antes D.F., 1991). Es licenciado en Ciencias de la Comunicación por la UNAM, autor de *Espinas* (2019) y *Suena la alarma* (2023). Fue becario del FONCA Jóvenes Creadores en 2023. Obtuvo el 2º lugar en Ensayo en el Concurso 51 Punto de Partida y Mención Honorífica en el 10º Gran Premio Nacional de Periodismo Gonzo 2024. Coordinador de Periodismo narrativo en *Semanario Punk*.

VAR VAR

AR VAR V

VAR VAR

AR VAR V

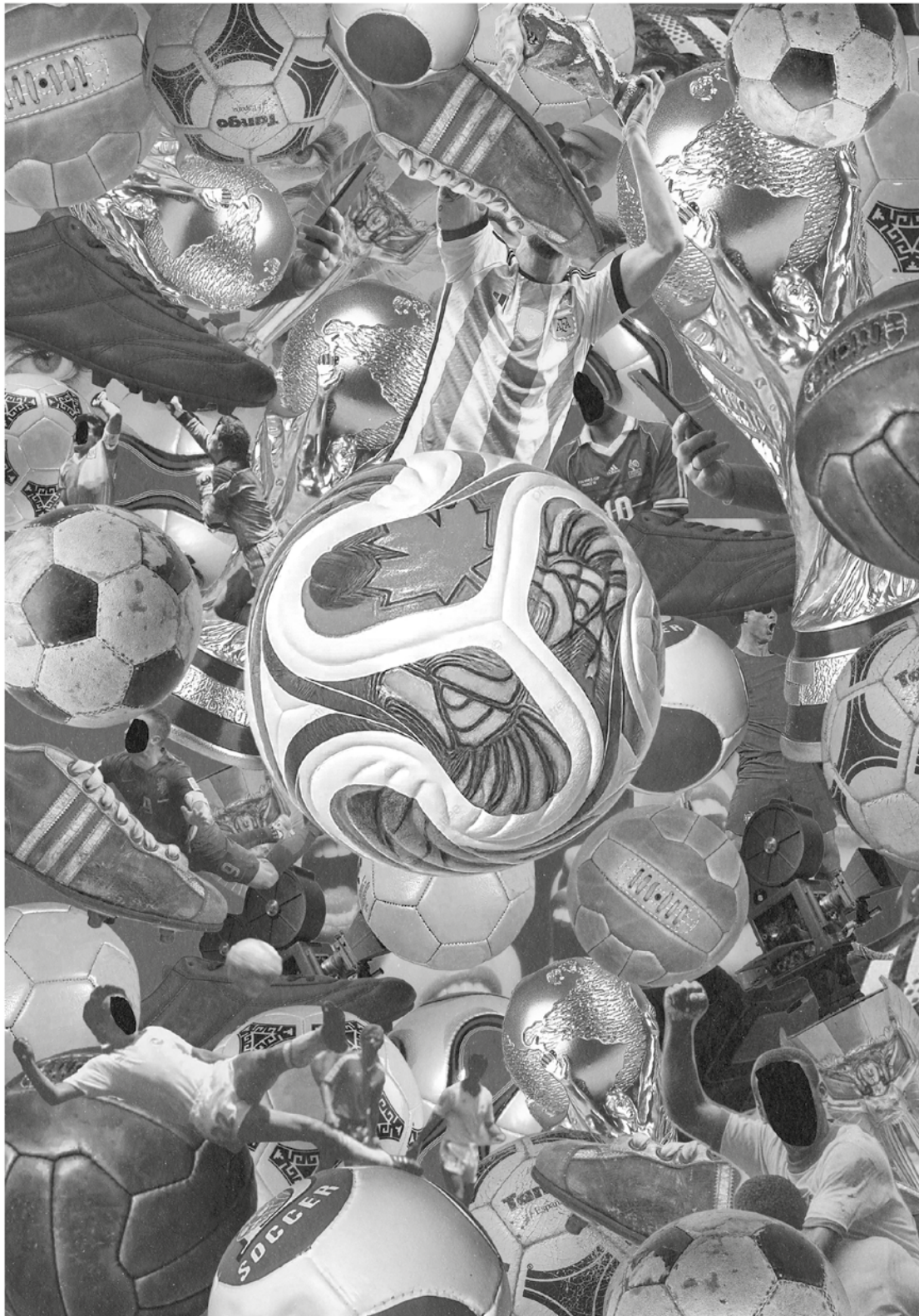
VAR VAR

Fernando Oliveroz

Las ansias en el renovado Coloso de Santa Úrsula estaban a flor de piel.

Era el partido decisivo. México necesitaba un gol más para alargar el encuentro a los tiempos extra. En la gran final veía cara a cara a su padre futbolístico: la Argentina de Kempes, Maradona y Messi. Ya no estaba ninguno de los tres grandes capitanes. Sin embargo, el 0-1 a favor de los argentinos seguía presente en el marcador. Llegaba el minuto 89 y un potente cañonazo del 10 argentino era detenido por el guardameta mexicano. Su estirada milimétrica recordaba las atajadas inconmensurables de Buffon, Schmeichel, Casillas y Neuer. Enseguida, comenzaba una jugada mágica. El portero aventaba la bola hacia el lateral izquierdo, quien con destreza tremenda evitaba al extremo sudamericano. La agilidad desde la banda inquietaba como la vorágine de Roberto Carlos y Cafú. Entonces, el balón llegaba a los pies del defensor central. Se trataba de un jugador chaparro que tenía la misma fiereza que Puyol y el liderazgo de Maldini. El defensa hacía llegar la pelota hasta el mediocampo. Allí, el control del contención no envidiaba nada al temple de leyendas como Vieira y Makelele. Con astucia, el mediocampista realizaba la transición hasta la diestra del volante ofensivo. Se trataba del capitán de la selección azteca. Era el diferente, el *crack*. Su inteligencia con el esférico se comparaba con la de Zidane y Gullit. Rápidamente, burló a dos defensores argentinos y con un autopase condujo el balón hasta tres cuartos de la cancha. En un abrir y cerrar de ojos, envió un centro preciso que fue rematado por el centrodelantero mexicano. Lo que ocurría no tenía precedentes. Gol de chilena. Golazo como los de Hugol. La afición tricolor no se callaba. Lloraba todo un país. Ante toda esta gran jugada, la albiceleste había permanecido como una espectadora más. Sin embargo, llegaba la tragedia. El árbitro se agarraba nerviosamente las orejas. El equipo de video asistencia arbitral indicaba que existía fuera de lugar en la jugada. Por ende, se invalidaba la anotación. El VAR acaba con la algarabía. El silencio rodeaba al Estadio Azteca. Finalmente, se terminaba el show. Argentina campeonaba arrogantemente una vez más. La afición local se marchaba resignada. México jugaba como nunca, pero perdía como siempre. 🗣️

Fernando Oliveroz (Ciudad de México, 1998). Es antropólogo y arqueólogo egresado de la UNAM, donde cursa la Maestría en Antropología. Es miembro activo de la Asociación Mexicana de Estudios Rurales y ha fungido como consultor técnico en el área cultural de la asociación civil Organización de poseionarios del Ocotil.



▲ Luis Brock, "Patrones", de la serie *Juego sucio*

EL "PUTO" MEXICANO

Luisa Ivette Ortiz Ramos

La palabra *puto* se escucha constantemente en la ciudad: como insulto, como calificativo denigrante, para enfatizar o incluso ponderar. En cada caso, el contexto dota a la palabra de distintas significaciones. Durante febrero, se me presentó en tres escenarios distintos: en el Estadio Olímpico Universitario, durante un partido de Pumas —donde se intentó censurar el grito colectivo con música—; en un bar de Neza, donde una banda de *covers* interpretó la controversial canción "Puto" de Molotov y finalmente en la obra *Gol (puto)* del artista Romeo Gómez López, presentada en el marco de la Semana del Arte.

En un contexto premundialista —considerando que la Ciudad de México, Guadalajara y Monterrey serán sedes— el tema adquiere mayor relevancia. La organización del Mundial ha estado acompañada por diversas problemáticas: el desplazamiento de mujeres trabajadoras sexuales en Tlalpan; la violencia en distintas regiones del país; protestas en contra de la crisis hídrica; y el desplazamiento de la vivienda debido a la especulación inmobiliaria.

Asimismo, además de las protestas sociales, el descontento también se ha manifestado desde el ámbito artístico, como en las jornadas gráficas realizadas bajo el puente de Santa Úrsula Coapa —cerca del Estadio Azteca— por el artista Vlocke Negro, quien evidencia estas tensiones mediante sus murales; tal es el caso de *Detrás de la Copa, las Fosas*, obra que alude al hallazgo, por parte de colectivos de búsqueda, de al menos 456 bolsas con restos humanos cerca del Estadio Akron, una de las sedes.

Aunque existe oposición en diversos sectores, la realización del evento parece inevitable debido a la derrama económica que implica. Bajo este panorama, el grito de "¡Puto!" seguirá escuchándose en los estadios mexicanos, probablemente a lo largo de los trece partidos del Mundial de este año.

En este marco, Gómez López presentó *Gol (puto)*: un *animatronic* con forma de balón de futbol y rostro humano, colocado sobre una base de

pasto artificial. La pieza reproduce insistentemente la palabra *puto* en distintos tonos de voz —desde registros asociados a una masculinidad grave hasta otros estereotípicamente catalogados como “amanerados”—. La obra evoca a este grito colectivo —¿inocente?— que se realiza en los estadios con la intención de insultar al portero del equipo contrario. Al trasladar este gesto al espacio de exposición, el artista desactiva su dimensión festiva y lo convierte en objeto de escucha crítica. El balón —símbolo del espectáculo deportivo— adquiere rostro y voz, encarnando la violencia simbólica que suele diluirse en la masa.

Gómez López (Ciudad de México, 1991) estudió Artes Plásticas en la ENPEG “La Esmeralda” y en la École Supérieure d’Art et de Design en Tours, Francia. Su práctica multidisciplinaria abarca escultura, instalación, dibujo y marionetas, y cuestiona de manera constante el dominio cis-heteronormativo que permea a la institución artística. Asimismo, es



cofundador de Salón Silicón, proyecto híbrido que impulsa el trabajo de mujeres artistas y de integrantes de la comunidad LGBTQ+.

Parte de la producción del artista incluye *HomoMatrix (Joto)*, obra que retoma la película *The Matrix* y el dilema entre permanecer adormecido o enfrentar la realidad —la píldora azul o la roja—, y la traslada a dos botellas que contienen *poppers*. En la pieza, el espectador debe elegir entre categorías como “gay” o “joto”, “lencha” o “lesbi”, evidenciando que cada término está cargado de implicaciones sociales específicas. Incluso dentro de la homosexualidad, ciertas palabras reproducen jerarquías heteronormativas: *joto* se asocia al sujeto pasivo y feminizado, mientras que *gay* puede percibirse como una categoría más asimilada y normalizada.

En *Gol (puto)* se evidencia que no es lo mismo “ser gay” que “ser puto”. Lo “puto” se vincula con lo débil —“no seas puto”—, con lo poco hombre —“qué puto eres”—, asociaciones que se consolidan en la cultura cotidiana y se normalizan en un gesto aparentemente inocente durante partidos de fútbol. La obra pone en evidencia que el insulto no es euforia, sino un fenómeno estructural.

Tanto *Gol (puto)* como *HomoMatrix (Joto)* apelan a la construcción de una masculinidad sostenida por una lógica patriarcal: la del hombre heterosexual, violento y dominante, frente a la cual los cuerpos feminizados, disidentes y homosexuales son colocados como lo otro y, por ello, ridiculizados. Asimismo, el uso de distintas modulaciones de voz evidencia cómo, incluso dentro de la propia comunidad, continúan reproduciéndose estos estereotipos, pues “puto”, al igual que “maricón”, no es un término inocente, sino que está cargado de historia y violencia simbólica. En este sentido, desde el célebre grito de “¡Puto!” hasta cánticos como “Que lo vengán a ver, ese no es un portero, es una puta de cabaret”, los coros del estadio reproducen una violencia simbólica que ridiculiza lo feminizado como estrategia de humillación.

Más que adoptar un tono moralista, considero que la obra de Gómez López abre un espacio de cuestionamiento: ¿por qué *puto* es el insulto que predomina en el fútbol mexicano? ¿Qué revela esto sobre una cultura donde el lenguaje cotidiano evidencia estructuras de opresión y discriminación que atraviesan tanto un partido como la vida diaria? ¿Qué revela esto sobre las estructuras donde la feminización del otro continúa funcionando como mecanismo de poder y exclusión? *Gol (puto)* convierte un grito normalizado en una pregunta incómoda que resuena más allá del estadio; quizá escuchar la palabra fuera de él sea el primer paso para comenzar a responsabilizarnos de ella. [🔗](#)

Luisa Ivette Ortiz Ramos (Nezahualcóyotl, 2000). Cursó la carrera de Estudios e Historia del Arte en la Universidad del Claustro de Sor Juana. Actualmente estudia la licenciatura en Pedagogía en la UNAM. Ha colaborado en *Deriva* y *Fomento Sybaris*. Fué parte del equipo curatorial de la exposición *Pepeñando ando. Sobre el hiperconsumo y desperdicio* (2025).

DESPELOTE.

NUESTRA RELACIÓN CON LA HISTORIA Y EL FUTBOL

Axel Alonso

82

Voltear al pasado para reencontrarse con lugares, personas y pasatiempos de épocas perdidas es un ejercicio de nostalgia, pero también de memoria y experimentación poética. Llegué a *Despelote* curioso por ver cómo sería un videojuego sobre fútbol hecho por un desarrollador latinoamericano, y me remitió a algunas obras literarias sobre la memoria, a la autoficción, al pacto literario y a mi propia relación con el deporte más popular del planeta.

Despelote se publicó en mayo del 2025 y consiste en un relato interactivo en el que interpretamos, desde una perspectiva en primera persona, a Julián, un niño que en el año 2001 está fascinado con el fútbol y con la posibilidad de que la selección de Ecuador, su país, califique por primera vez a una Copa Mundial de la FIFA (la de Corea-Japón 2002), pero que en los años posteriores se replanteará su relación con ese deporte y con el medio de los videojuegos.

La literatura y cómo hacer “dominadas” con los recuerdos

Julián, nuestro vehículo para interactuar con esta versión de Quito hecha de píxeles, está parcialmente inspirado en las experiencias de vida del ecuatoriano Julián Cordero (codesarrollador del juego, en colaboración con Sebastián Balbuena); sin embargo, como la narración nos aclara, se tomaron licencias poéticas en aras de la fluidez de la historia, siendo la principal la edad del personaje jugable, unos años mayor a la de Cordero en 2001.

El ejercicio de contar la vida propia con elementos ficticios identificables, me parece acorde con la tendencia de la autoficción y con la definición de Serge Doubrovsky: “ficción de acontecimientos estrictamente reales”; también con relatos sobre la añoranza por una ciudad que no deja de cambiar, tanto por el crecimiento normal de sus habitantes como por los grandes eventos en el mundo, como sucede en *Las batallas en el desierto* de José Emilio Pacheco o en *Fiera infancia y otros años* de Ricardo Garibay.

La comparación con la obra de Garibay va más allá del tema de la infancia, el crecimiento y la definición de la identidad del autor, ambas obras capturan el habla cotidiana de los personajes que acompañan el día a día de los protagonistas. Cordero explica en un punto de la historia que se buscó recrear fielmente los escenarios y sonidos de Quito para evocar la atmósfera de sus recuerdos de infancia.

Respecto a la resonancia con la famosa novela corta de Pacheco, son fascinantes aquellas obras que consiguen trasladarnos a otra época y lugar. Una de las razones por las que hasta la fecha hay tanto cariño a *Las batallas en el desierto* es por ser un vívido retrato del cambio ocurrido en colonias de la Ciudad de México como la Roma y por la añoranza de los personajes y lugares que se fueron perdiendo o mutando con el transcurrir del siglo XX.

Despelote logra algo similar a través del lenguaje del videojuego al presentarnos la reconstrucción de una ciudad a más de veinte años de distancia. Recorrer el parque mientras esperamos a la mamá de Julián, hacer travesuras durante una fiesta familiar o ver el oportuno anuncio publicitario que la televisora pasó durante un gol decisivo nos sumerge en recuerdos ajenos, pero también puede servir para evocar los propios.

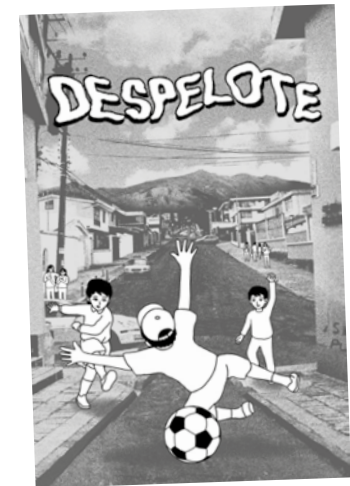
Mientras jugaba *Despelote* pensaba que a estas alturas de mi vida no me considero

Despelote

Julián Cordero y Sebastián Valbuena

Panic Inc

2025



aficionado al fútbol. Sin embargo, por lo menos cada cuatro años regreso a los recuerdos que me conectan con el balompié, del amor forzado a la indiferencia: mi intento de jugar como defensa, y tener el balón de la Copa del 2002 para ser aceptado por mis compañeros hombres en la primaria (salió mal), la colección de tarjetas de futbolistas que salían en las bolsas de pan (incluyendo al jugador ecuatoriano Alex Aguinaga), la vez que le declaré mi amor a alguien al terminar un partido de Italia en la copa del 2014 o el Mundial que vi en mi primer departamento de soltero junto a un compañero de la universidad con el que ya no hablo.

Las pequeñas estampas cotidianas a través de las que se desarrolla el videojuego invitan a recordar las propias experiencias con el fútbol, e incluso, a imaginar cómo se verían en el estilo gráfico de esta aventura interactiva: los fondos y escenarios están hechos en 3D monocromático y deslavados como una fotografía impresa parcialmente descolorida; los personajes y

83



elementos reactivos se asemejan al estilo de dibujo de un libro o cuaderno infantil, formando un peculiar *collage*.

El relato de Julián también aprovecha el formato del videojuego para contar cómo un gusto lleva a otro y se va formando la personalidad, con todas las decisiones de vida que esto implica; los movimientos y botones que sirven para movernos por el Quito de Julián funcionan de la misma manera en el videojuego de ocho píxeles que nuestro personaje utiliza. Estos elementos sirven para explorar distintas etapas de la vida y cómo la relación con un deporte y un medio de comunicación cambian con el tiempo.

La construcción de la atmósfera es efectiva y se siente como una experiencia análoga a la lectura de alguna novela acerca de la infancia y el paso del tiempo en las ciudades latinoamericanas. Adaptar la experiencia literaria al medio interactivo del videojuego no le es ajena a ninguno de los desarrolladores, quienes cuentan con un variado catálogo de juegos independientes acerca de distintas experiencias de vida; me parece destacable que uno de los juegos en los que Julián Cordero ha participado es una adaptación del cuento "Axolotl", de Julio Cortázar, otra historia acerca de empatizar con otro contexto y forma de vivir.

Sentir amor y desamor por el fútbol


En un momento de la historia, el Julián adulto nos cuenta cómo a raíz de la clasificación de Ecuador al Mundial de fútbol del 2002, el gobierno creó parques que permitieron a miles de infantes practicar varios deportes; en ese punto, la animación pasa del *collage* virtual a un modelado en tercera dimensión más realista para contarnos el origen de un parque, pero también una actualidad donde la inseguridad hizo que el equipo de desarrolladores necesitaran contratar un guardaespaldas para poder grabar el audio del parque con equipo especializado. Crecer también es

ver el mundo con más detalles y tener preocupaciones que no esperábamos en la edad en que creíamos que Dios era redondo (Juan Villoro *dixit*).

La vida cambia y uno rebota hacia otros gustos. Así como Julián Cordero pasó de querer jugar fútbol a hacer un videojuego sobre los aspectos cotidianos y culturales del deporte, yo pasé de querer jugar para coexistir con otros niños de mi edad a estar más al tanto de noticias sobre las corruptelas de la FIFA y los efectos de la turistificación en las sedes mundialistas mexicanas, pasando por una etapa de leer los libros sobre fútbol de Juan Villoro o Alberto Lati. Uno cambia y nuestras lecturas pasadas y presentes dan cuenta de ello.

Esta aventura interactiva puede interesar incluso a quienes tienen poca afinidad o familiaridad con los videojuegos. Comandos sencillos de aprender, ausencia de puntuaciones o castigos y muchos incentivos para repetir la experiencia en esta representación virtual de la capital ecuatoriana son algunos de los aspectos que la hacen tan accesible.

La última escena del juego nos presenta a un Julián adolescente, que ya ha abandonado el sueño de ser futbolista, yendo con sus amigos de la infancia a una pequeña cancha en la que se cuentan sus planes futuros y anécdotas cotidianas mientras nosotros, como jugadores, definimos el ritmo del intercambio del balón entre los personajes. Algo tan sencillo, que también es un alivio ante la vorágine de la vida.

Si en cuatro años llega a haber otro Mundial de fútbol, habrá muchas anécdotas y recuerdos de cómo se vivió esta Copa y todo lo que se contó en este turbulento año. La literatura, los videojuegos, la fotografía y otras disciplinas creativas nos permitirán capturar estos momentos y transformarlos para dar cuenta de lo mucho que hemos cambiado. 

Axel Alonso (Ciudad de México, 1992). Licenciado en Ciencias de la Comunicación por la UNAM y maestro en Diseño de Información por la UAM-C. Trabajó en la elaboración de contenido para las redes sociales de Libros UNAM y *Punto de partida*. Es responsable de prensa y redes sociales de CASUL, UNAM. Colaboró en la organización del Covacha-Con 2025.



PORTADA

José Luis "Brock" León

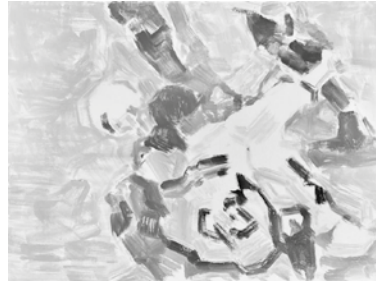
(Ciudad de México, 1990). Es diseñador y collagista. Estudió Comunicación en la FES Acatlán y ha colaborado en proyectos de *marketing*, cine y exposiciones. Escribe en el proyecto digital *A media cancha*.

@luis_brock
@amediacancha

Karla Vázquez

(Tampico, 1995). Es fotógrafa y realizadora audiovisual. Mediante su ojo, moldeado en el cruce entre la sociología, la filosofía y el cine, encuentra en la imagen documental una forma de denuncia y reflexión ante las problemáticas que anticipa el Mundial 2026 en México.

@karlavqzo



Mariana Hernández

(Ciudad de México, 2005). Cursa la carrera de Artes Visuales en la ENPEG "La Esmeralda". Ha participado en diversas exposiciones colectivas dentro del país desde 2019. Su trabajo se orienta principalmente hacia la pintura.

@farcomabian

José Alberto Ortiz López "Beto Ortiz"

(Ciudad de México, 2006). Estudiante de Diseño gráfico en la FES Acatlán y creador de contenido. Creó el proyecto Beto Movilidad CDMX, dedicado a la documentación y difusión de la cultura del transporte público y los sistemas ferroviarios.

@betoferropticodelia

